



LAURA LAGO

La Mujer
TROFEO

ROMANCE, AMOR LIBRE Y SEXO
CON EL FUTBOLISTA MILLONARIO



LA MUJER TROFEO

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario



Por **Laura Lago**

© Laura Lago 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se

dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y

publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruga como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

¿Cómo he podido fallar?

No es que me haga falta conquistarla para meterla en caliente, a ver si me entiendes. Vanessa se acaba de ir después de una noche de sexo duro (se nota que la pobre está necesitada) y si quisiera podría tirar de agenda para pasar los siguientes días follando sin repetir ni una chica y acabar escocido antes de llegar a la letra H.

Pero uno no se casa con una tía tan buena para guardarla en una vitrina y sacarla solo para enseñarla a los medios. A ella, quiero decir. Se supone que dos personas casadas tendrían que compartir cama y buenos ratos, ¿no?

Pues no. Belén no quiere, y por más que se lo dejo caer no parece ir a dar su brazo a torcer. De hecho, cuando se lo he preguntado directamente me ha dicho que no en mi propia cara. Mi cara, que anunció durante años la colonia Steelheart (y cierta marca de helados). ¿Cómo se atreve esta tía a ser tan... inalcanzable?

Yo no me habría casado con ella, para empezar. No me habría casado con ninguna, si me preguntas, pero Pablo, mi agente, creyó que era la mejor manera de que se dejase de hablar de mi posible adicción al sexo (completamente falsa, pero en este mundo de monjitas cualquier cosa se saca de quicio) y a la cocaína (¡llevo tres años limpio, palabrita del niño Jesús, pero parece que esos buitres están esperando a verme recaer para arrancarme la carne de los huesos!) era que me casase y “sentase la cabeza”.

Yo no habría accedido (¿a quién le importa lo que haga con mi vida?), pero mi madre insistió mucho, muchísimo, y yo nunca le he sabido decir que no.

Belén era la que mejor encajaba en el perfil que buscábamos. Guapa, cuerpazo, sin vicios conocidos y lo suficientemente lista como para entender de qué iba el tema.

No queríamos a una chica enamorada de mí. Con el amor empiezan los celos, y con los celos el despecho y los tours por los platós de televisión para contar cosas sobre mis amantes y yo. Y como creo que después de la filtración de mi vídeo

porno casero ya se sabe demasiado sobre mi vida sexual, preferí una chica inteligente a una tonta que me idolatrara.

Craso error.

Mientras se aleja, me dejo flotar en la piscina y pienso en qué necesita esta tía para morirse por mis huesos. Wilson, el jardinero, pasa junto al borde y me dirige una mirada mucho más interesada que cualquiera que me haya podido echar ella. Cuando me doy cuenta me encojo en más de un sentido (anda que, de verdad, qué esperabas despelotándote delante del servicio) y nado hasta las escaleras más cercanas. Necesito mi ropa interior y un café, por lo menos.

Capítulo 2

Por la tarde, como buena mujer trofeo, salgo de compras con mi amiga Martina.

Odio ser tan cliché, así que decido hacerlo de manera irónica, igual que las cincuenta o cien veces anteriores.

Pedro nos lleva en el coche. No es una limusina, pero se le parece un poco; la parte de atrás está separada de la de delante con un cristal tintado y si necesito comunicarme con el conductor utilizo un interfono.

Los asientos están tapizados en cuero blanco (una pijada de las de Javier), pero valoro enormemente la neverita llena que se esconde en un rincón. A pesar del vaivén de la carretera, le sirvo un Martini a Martina sin que se me derrame una gota.

Pronto seré una maestra de la coctelería. Una maestra alcohólica.

En un par de horas hemos sacado humo de las tarjetas de crédito. De las mías, porque Martina trabaja en un gabinete de lunes a viernes por un sueldo mileurista y no puede permitirse este estilo de vida.

Pero Martina ha sido mi mejor amiga desde bachillerato. Estudiamos la carrera juntas y nos salvamos la vida mutuamente con chuletas de última hora y cafés reconstituyentes, y más de una vez y de cinco nos hemos sujetado el pelo mientras vomitábamos el botellón de la tarde en el váter de algún local de la universidad durante una fiesta para Erasmus.

Me apoyó al cien por cien cuando le expliqué el arreglo, y a mí me sobra dinero para darme un capricho con mi mejor amiga, así que de vez en cuando lo hago. Brindo por la hermandad femenina.

—Chica, si lo llego a saber me caso yo con un futbolista —dice después de darle un sorbo a su copa.

Se ha arrellanado en el asiento de cuero blanco y los lustrosos rizos teñidos de caoba le enmarcan la cara afilada. Martina tiene siempre expresión astuta y cara de saber dónde se está metiendo. Cuando quiero tomarle el pelo o hacerle saber mi afecto (lo que por lo general se solapa), la llamo “mi zorra”.

—Al menos sé que yo sí que le daría buen uso —continúa—. Porque Javier será un imbécil, pero un imbécil muy buenorro.

—Eso es porque tú siempre has tenido mejor estómago para los idiotas que yo —contesto con los ojos en blanco.

—El problema es que quieres que Javier te entre por el estómago y no, por ahí no me lo metía yo precisamente...

Suelto una carcajada.

—Bueno, ya. A eso me refiero. Es que si no me cae bien, si no le soporto... ¿Cómo me voy a acostar con él? Además, seguro que con eso se crece y le doy alas a su ego. Y créeme, eso es lo último que necesita. Estoy segura de que se hace pajas delante del espejo y no bromeo.

—¿Qué tiene de malo tocarse delante de un espejo? —pregunta ella con intención.

—Nada. No es eso. —Suspiro—. Mira, ya le he dado mi mano y mi imagen, y si estuviéramos en Inglaterra le habría dado mi apellido. Ya me considera parte de su propiedad. Su esposa trofeo. Una cosa bonita que pasea por ahí y con la que posa para fotos.

Miro el fondo del vaso, como si me hubiese dejado mi dignidad ahí dentro y sólo bebiéndomelo todo pudiera encontrarla de nuevo

—Si me acostase con él—Continuo—, lo tendría todo. Me da la impresión de que, si empezamos a follar, el arreglo se irá al traste. Ya no seremos dos adultos modernos usándonos mutuamente. En cuanto empiece el metesaca, la cosa volverá a desequilibrarse.

—Eso es porque le das al sexo un valor que no tiene. Pensaba que la hippie de tu madre te habría inculcado la libertad sexual de verdad. Esto no es una novela romántica de baratillo en la que él es un macho conquistador que “te posee”, ¿sabes?

Me encojo de hombros. Creo que Martina no va a entenderlo. Para ella, el sexo carece de significado. Y no os confundáis, no es que yo piense que tenga algún significado mágico-religioso que vaya a cambiarme para siempre. Si lo pensara, toda mi veintena me habría convertido en una abominación femenina.

Pero estoy segura de que para Javier, llevarme al catre no sería más que una manera de ejercer su poder sobre mí. Ya dependo de él para mantener esta vida prestada. Por mucho que él dependa de mi silencio de cara a la prensa, lo último que necesito es su superioridad moral.

—Mira, en cualquier caso, creo que deberías echar una canita al aire —dice tras un instante de silencio—. Y, para empezar, tu chófer está para mojar pan.

Casi me atraganto en el cóctel.

—¿Pedro? ¿Pero qué dices?

—Y yo creo que le gustas. Cuando ha metido las bolsas en el coche te ha hecho una radiografía completa.

—Estás tarada.

—Sí, sí, lo que tú quieras. Pero si alguna vez te aprietan las ganas y se le han acabado las pilas a tu vibrador, ahí delante tienes uno que está deseando hacer de las tuyas —dice señalando al cristal tintado.

Cambiamos de tema y charlamos de mil temas distintos, pero no volvemos a tocar a Pedro. A mí, sin embargo, la idea se me incrusta en el cerebro y me persigue hasta después de dejar a Martina en su casa. Como aún es pronto y a mí se me menean los pensamientos por culpa de la bebida, le pido que nos dé una vuelta por la carretera de la costa.

Bajo la ventanilla y miro a través de ella. El sol empieza a declinar y se espeja en las olas. El Mediterráneo parece verde. La brisa es agradable y huele a primavera. Tengo ganas de ir a la playa, pero los paparazzi estarán al acecho y lo que menos necesito es un especial en el Canal Corazón sobre mi cuerpo serrano y la celulitis que logren encontrarme en los muslos.

Lo que sí puedo hacer es pedirle que pare junto a uno de los acantilados. No voy a poder remojarme en el agua, pero me siento en el borde y dejo que me cuelguen los pies descalzos por encima de las rocas. No sé qué debe de pensar este hombre de mí, pero me da igual. Echo un vistazo a Twitter y a las últimas noticias mientras el sol se despide. A mi espalda, le oigo salir del coche y encender un cigarrillo.

Le miro de reojo. La verdad es que está en forma. Debe de rondar los cuarenta, pero hay que mirarle fijo para decirlo con seguridad. Tiene todo el pelo, de un color miel precioso, y la tez tostada por el sol y las horas al volante. Lleva puesto traje y corbata. No es tan arrebatador como Javier, pero no me importa. Si se pareciera a él, me daría repelús.

Me levanto, me sacudo la hierba de la falda y me acerco al coche. Él hace ademán de tirar el cigarrillo y volver a su puesto, pero le indico que no lo haga. Qué paz se respira en este sitio. Lo único que se oyen son las gaviotas. No hay ni coches en la carretera.

Le miro muy fijo, y él a mí. Se termina el cigarrillo. Mira, no sé. Le paso una mano por el pecho y palpo. Él no se mueve. Tiene los pectorales duros.

—¿Haces ejercicio?

—Cuando puedo —me responde él con una voz que huele a tabaco rubio.

El alcohol y la falta de preocupaciones me han dado una deshinibición que ya la habría querido a los dieciocho años. Bajo la mano sin dejar de mirarle. No parece ni incómodo ni intimidado, sino agradado. Halagado.

Y eso me gusta. Javier actuaría como si me estuviera haciendo a mí el favor, lo sé (¿por qué estás pensando en Javier, bonita?), pero Pedro se deja llevar. Cuando le palpo el paquete sobre el pantalón, se inclina sobre mí y me besa.

Esto ya no se puede parar. Lo único que tenemos delante es el mar, así que le desabrocho el pantalón y meto la mano bajo sus calzoncillos. Hace meses que no toco una polla, pero no se me ha olvidado cómo hacerlo bien.

Está caliente y suave. Enseguida tiene un espasmo y empieza a endurecerse, sobre todo a medida que la acaricio. La boca de Pedro sobre la mía me devora. Parece que lleva tiempo esperando a hacer esto. Su lengua se abre paso hasta la mía y ambas se enredan con una lujuria que ni yo misma me esperaba. De repente estamos jadeando y yo tengo las bragas hechas un pantano. Pues a la mierda. Me las quito y las tiro al coche, y luego me meto yo.

Pedro me sigue. Tiene una erección como una piedra y los ojos encendidos. Se desabrocha la camisa y revela un pecho plano y tostado. Le acaricié con la mano y le beso. Le muerdo los pezones. Él gime y su mano se cuela bajo mi falda. Sus dedos no tardan en encontrar mi clítoris, que acaricia con toques rítmicos. Mientras, yo he bajado hasta su miembro.

Me lo meto en la boca tan rápido que casi me ahogo. Soy una bruta, pero he pasado mucho tiempo lejos de una y hay ganas. Él deja escapar un gruñido. Mis labios llegan casi a la base y él gime en alto. Le paso la lengua por los huevos y sus dedos se aprietan contra mi clítoris, frotando con decisión. Tengo que parar un momento; el placer y la excitación son tan intensos que me vuelvo a atragantar.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz preocupada.

—Sí, sí... -Me incorporo, me limpio la barbilla y le beso—. Javier tiene que guardar condones por aquí, en alguna parte... -Me vuelvo y busco a mi alrededor. Hay un cajón debajo del asiento de delante. Voy a agacharme para rebuscar dentro cuando Pedro me coge por las caderas, me levanta, y me pasa la lengua entre las nalgas.

Dejo escapar un gruñido de placer. Pedro vuelve a lamer, y chupa que dan mareos. Me tengo que agarrar al asiento de enfrente y confiar en la fuerza de Pedro para que me sujete. Si me caigo, no nos va a gustar a ninguno de los dos. Pero por el momento no tengo queja alguna. Noto su lengua delineando mis labios, mi clítoris, mi ano. Estoy chorreando tanto que se me mojan hasta las rodillas.

—Necesito esos condones —le digo, y abro el cajón tan rápido que los dos nos tambaleamos. Tengo la caja en mis manos. Saco una goma con manos temblorosas y se la tiendo. Él se la pone en un momento y me baja la cadera para penetrarme hasta el fondo.

Los dos ahogamos un gruñido. Sus manos me tienen bien asida por la cintura. Si subo mucho doy con la cabeza en el techo, pero él se escurre un poco para hacer sitio. Comienza a moverse contra mi culo y me siento en el Cielo. Estoy tan mojada que entra sin problemas, y no importa que lleve meses a pan y agua. Sus manos me acarician las tetas por debajo de la blusa. Ojalá pudiera besarle, pero no importa. Cada vez que entra y sale veo las estrellas.

Me toca el clítoris y demuestra que todavía puede ser más bueno. El placer se extiende por mis ingles, mis muslos, mi vientre. Ahora estoy gimiendo en alto. Compito con las gaviotas. Él jadea contra mi oído. Me está matando poco a poco.

Me empiezan a doler las ingles, así que le digo que cambiemos de postura. Su respuesta es ponerme boca abajo en el asiento mientras él sale. Me agarra por las caderas y me folla en la postura del perrito. Acabo mordiendo el cuero blanco, y que Javier se joda.

—Me corro, me corro —dice ahogadamente, y me penetra aún con más fuerza. Yo aprovecho para masturbarme y no tardo mucho en seguirle.

Se me tumba encima mientras recuperamos el aliento. Luego sale para quitarse el condón y tirarlo, pero no le dejo.

—¿Y el Medio Ambiente? —pregunto.

Me jura que lo tirará en una papelera cuando llegue a casa, y con eso me conformo. Puedo ser una mantenida poco firme en mis convicciones y adúltera, pero al menos soy ecologista.

Javier

Quedo con mi agente en un restaurante del centro y comemos. Está muy excitado y manotea sin parar. Es del club de la napia blanca (cocaina para los ajenos al grupo) y se le nota una barbaridad, pero aun así se las arregla para decirme a mí cómo tengo que mejorar mi vida.

—Lo que tienes que hacer, Javier, lo que tienes que hacer, es un reportaje en el Hola sobre lo enamorados que estáis tú y Belén —asegura entre bocados—. Ya he visto un par de menciones a lo poco que se os ve juntos, y como sigas tirándote a la Rivero sin tener cuidado, la próxima portada va a ser de tu culo blanco entre sus

piernas.

—No tengo el culo blanco –le respondo con el ceño fruncido.

—Como si lo tienes verde. Ah, y si la dejaras preñada sería la leche.

—Si me dejara dejarla, quieres decir.

—Los de Xtremesport están buscando una imagen más familiar. Si le hicieras un crío, podría conseguirte un contrato en un periquete.

Me froto la nariz, pero no se da por aludido.

—Mira, por el momento eso no es viable, así que olvídale.

—Yo te estoy avisando, chico. Ya sabes que te salvo de cualquier liada de las tuyas, pero te aviso primero para que te ahorres los disgustos. Y me los ahorres a mí, joder.

Ya quisiera yo cumplir con lo que me pide, pero la tía no me deja. Por suerte, consigo que Pablo cambie de tema y hablamos de otros contratos de publicidad en los que no me piden ningún requisito familiar, que son los que me interesan por el momento.

Pedro me devuelve a casa en el coche y me pregunto si merecería la pena dejarme caer por la casa de Esther, pero la verdad es que el rapapolvo de mi agente me ha quitado las ganas de cualquier otro tipo de polvo. Mi vista se pierde en el asiento de enfrente y me parece ver una marca en el cuero que antes no estaba. Parecen arañazos. ¿Será posible? ¡Lo hice tapizar hace dos meses!

Reparo en un trozo de tela que se ha colado entre el asiento y el respaldo. Frunzo el ceño al sacarlo. Son unas bragas de color azul que no había visto en mi vida, aunque debo admitir que no suelo fijarme en la ropa interior antes de arrancarla. ¿Cuándo ha sido la última vez que he follado en el coche? ¿Fue con Ana, con Vanessa, con Federica? ¿No sería con...?

No, espera. Hace demasiado tiempo de aquello y no me he dado cuenta hasta ahora. No puede ser. Estas bragas no son de ninguna de ellas. ¡Son de Belén! Las aprieto en el puño mientras pienso en si estará usando el coche de picadero. ¿A quién se está tirando, la muy guarra? ¿Y por qué Pedro no me ha dicho nada? ¿Habrá comprado su silencio?

Un momento.

No será...

No será capaz.

¡Belén!

Capítulo 3

Estoy leyendo en mi dormitorio mientras se me secan las uñas de los pies. Podría haberle pedido a una estilista que me hiciera la pedicura, pero hacerlo yo misma me proporciona cierto placer. Al menos sé que esta situación de mantenida no me está dejando inútil. La decadencia y el hedonismo tienen su gracia, pero siempre me he enorgullecido de mi capacidad de valerme por mí misma... de algún modo. Este me vale. Bien por mí.

Llaman a la puerta y la entreabren. Es Pedro. Dejo el libro a un lado y me pregunto si Javier estará en la casa. Me palpita la entrepierna sin poder evitarlo. Llevo follando con el chófer cinco días y no me canso. Si no hacemos mucho ruido y cierro la puerta con pestillo, igual podemos echar un polvo rápido sin que nadie se dé cuenta. Y si se dan cuenta, peor para ellos; bien que hacen oídos sordos con Javier.

Pedro cierra la puerta tras de sí cuando yo llego a su alcance. Pero está incómodo y tenso, se le nota. Tiene miedo en los ojos y una gota de sudor le recorre la sien.

—Él lo sabe —me dice con voz temblorosa.

No sé muy bien cómo tomarme la noticia. No tiene señales en la cara y su traje se asienta en sus hombros sin marcas de agarrones ni zarandeos. Javier no ha venido a mi cuarto para tirar la puerta abajo como un *Neanderthal* cualquiera, y me pregunto si de alguna manera ha podido asimilar que los dos tenemos el mismo derecho a usar el acuerdo como mejor veamos. ¿Será este el fin de sus miradas de pelmazo?

Vaya, ¿por qué eso me hace sentir algo decepcionada?

—¿Se lo has dicho tú?

—No, no. Ha encontrado...

—¿Qué?

—...tus bragas en el asiento de atrás.

—Ah.

—Me ha preguntado si éramos amantes.

—¿Y qué le has contestado?

—Que teníamos... eh... cierta relación carnal.

—¿Y qué ha dicho al respecto?

—Pues no ha dicho mucho. Se ha puesto a pensar.

—¿A pensar? Le va a doler la cabeza.

—Creía que me iba a despedir, pero no lo ha hecho. Aún, quiero decir.

Mierda. Si le despide, yo tendré la culpa, en cierto modo. Esto cuenta un poco como acoso sexual en el trabajo, ¿no? Y el pobre Pedro, aunque se lo esté pasando de lujo, no ha empezado nada. Sí, no me miréis tan mal. Voy a echarle una mano.

—Por eso no te preocupes, que si se le ocurre decirte una palabra más alta que otra se las va a ver conmigo.

Eso parece tranquilizarle. La tensión se diluye cuando le beso. Y le echo otra mano.

Pero esta vez literalmente.

Al día siguiente, cuando coincidimos en el desayuno, Javier me mira fijo, pero no dice nada. Parece hasta curioso. Yo me tomo mi tostada como si tal cosa. Si él no va a hablar, yo tampoco.

Hoy se ha puesto una camisa con cuello de pico que le sienta fenomenal. La curva de los hombros está perfectamente delineada, y cuando le miro me imagino clavándole los dientes ahí, bien fuerte. Pero cuando él busca mi mirada, hago como que no me interesa.

Pedro y yo seguimos viéndonos la siguiente semana. Ya no tengo tanto tiempo para quedar con Martina, pero la mantengo al corriente de mi affaire por WhatsApp. Una tarde, ocurre un hecho extraño: cuando entro en el salón, me encuentro a Javier leyendo.

No está leyendo el Marca, no, sino una novela sin fotos ni dibujos. Cuando paso por su lado, descubro que es una de las novelas que me traje de casa y que adornan mi estantería. No se trata de la misma edición; este es un libro nuevo, sin marcas en el lomo ni las esquinas arrugadas. Se lo ha comprado, el tío.

Como dicen por ahí: ¿Casualidad? No lo creo.

Ya estamos en plena primavera y hace un calor de la leche. Para celebrarlo, Pedro me lleva a la costa otra vez y follamos bajo de las estrellas. Es la primera vez que me desnudo del todo con él, porque hasta ahora siempre nos ha dado el calentón y no hemos podido aguantar a quitarnos toda la ropa.

Hoy, sin embargo, Pedro ha tendido una manta en el suelo y ha sacado una botella de champán de la neverita del coche. Yo me he desnudado y me he tumbado

en ella cuan larga soy. Le he quitado la botella, que pretendía escanciar en dos copas, y me he echado un chorro en el pecho. Las gotas me acarician a medida que descienden por mi esternón y mi ombligo. Soy generosa cuando lo dejo caer en mi pubis. Las burbujas me cosquillean.

—Hoy, nada de vasos, guapo –le digo con una sonrisa.

Él es muy obediente y me pasa la lengua por el cuello y los pechos, capturando cada gota de champán. Hace calor, pero yo me estremezco. Quiero tocarle; noto su glande húmedo contra mi muslo.

Pero me obligo a esperar. Pedro tiene alma de profesional y no se deja nada en su caminito húmedo. Sorbe en mi ombligo y se detiene para abrirme los muslos. Me mira a los ojos, pero yo le empujo la cabeza para que hunda la lengua en el coño burbujeante.

Deja escapar un suspiro y yo también. Levanto la cadera y él se da un festín. Es tan bueno que me olvido de todo y me corro dos veces casi seguidas. Cuando emerge de vuelta, tiene la barbilla empapada y una sonrisa de tonto en los labios, pero de alguna manera saco fuerzas de donde no sabía que las tenía.

Le tiro sobre la manta, le pongo un condón y le monto vigorosamente sin que me importe que los dos estemos pegajosos y que cada vez que se juntan nuestros pechos hay un ruido raro, como un *chuic-chuic*, que se mezcla con el sonido típico del folleto. Él llega al orgasmo y aúlla. Yo le tapo la boca con las manos y le cabalgo hasta que me suplica que lo deje, que le voy a sacar humo.

Tres días después, me sorprende pasar frente al dormitorio de Javier y escuchar uno de los grupos que sigo. Está navegando en su portátil y me da la espalda, pero los potentes altavoces no dejan lugar a dudas.

Este chico está enfermo. O eso, o es un cabrón.

Al de una semana, Pedro y yo nos estamos quedando sin ideas. Le llevo al cuarto de la colada para follar encima de la lavadora en pleno centrifugado, pero en la película en que lo vi les salía mucho mejor.

Además, Pedro está en mitad del empuje y aclarado y se abre la puerta. Mari Carmen, nuestra asistenta, deja caer la mandíbula y se disculpa a gritos y sin puntuación ninguna.

—AY PERDON PERDON NO SABIA QUE ESTABAN AQUÍ USTEDES.

Yo creo que no se ha dado ni cuenta de que Pedro no era Javier, o que yo no era Vanessa Schumacher. Podríamos haber sido dos folladores vagabundos y okupas y se habría marchado con la misma rapidez y ceguera selectiva. Bendita

capacidad de espanto. A mí a estas alturas ya se me ha pasado, pero la buena señora no debe de haberse encontrado escenas de estas en el pueblo.

Un par de días más tarde, ocurre lo que se avecinaba, pero yo me negaba a considerar. Estoy en el salón viendo una película y comiéndome una bolsa de palomitas yo sola. Esto es pecado mortal, pero Martina está en no sé qué convención de Psicología Geriátrica y el resto de mis amigos tienen toda la vida demasiado montada como para querer verse una película conmigo un jueves por la noche.

Pedro y yo hemos decidido que no queremos traspasar la barrera entre chófer y jefa más allá de lo que viene siendo follar como conejos desatados durante casi un mes entero, y en ese ámbito no entra ver películas juntos. Hay que mantener la profesionalidad ante todo.

Como decía, estoy en mitad de un atracón de palomitas cuando llega Javier y se sienta a mi lado. No a mi lado en plan ocupando un asiento a dos del mío como sería entre amigos melindrosos, sino en plan pegado a mí como si fuese un amigo al que de vez en cuando le pego dos morreos. Me tenso de inmediato y hago ademán de moverme a un lado. Él mete la mano en la bolsa de palomitas.

—Tranquila, mujer, que no muerdo. ¿Qué estás viendo?

—Los Vengadores.

Mira perplejo a la pantalla, como si no se lo creyera.

—¿A ti te gustan estas películas?

—¿Y por qué no me iban a gustar?

—Porque me gustan a mí.

—¿Y son solo para ti?

—No, hombre, no. No me lo esperaba. —Sonríe. Se ha afeitado y huele a colonia y a aftershave, y la mezcla es como el cielo—. Como siempre estás con un libro en la mano...

—No, siempre no. También hago otras cosas.

—Ya lo sé. ¿Te crees que no? Me he fijado en ti. —Me aparta un mechón de pelo de la cara y me lo pone detrás de la oreja—. Estás preciosa así.

—¿Con la boca llena de palomitas y los labios hinchados por la sal?

—No. ¿Has cambiado de peinado?

—¿Tú has cambiado de camello?

—Eh, golpe bajo.

—*Sorry*.

Era la mejor en clase de Inglés. Para muestra, como se me escapa el *Spanglish*. Para mayor muestra, como me aburría cual ostra en las clases.

—Últimamente estoy cambiando un poco, pero para bien. Me has... me has inspirado.

—No me digas.

—No me había dado cuenta de las cosas que podía aprender de ti. —Me mira fijo a los ojos. Los tiene bonitos, de un azul oscuro intenso remarcados por pestañas pobladas. Yo no consigo esas pestañas ni con un kilo de rímel. Pero qué cabrón—. Pero al final uno comprende las cosas buenas de la vida, ¿sabes? Con tiempo, si...

A ver, a ver, a ver...

—Espera, para el carro, bonito. —Le pongo una mano en el pecho y me aparto—. No me digas que has montado todo esto para intentar conquistarme a la desesperada.

Se le nota la culpa en la cara, pero logra esquivarla enseguida.

—¿Quién, yo? ¿Montar el qué?

—¿Te crees que no me he dado cuenta de lo que estás haciendo, con tanto libro y tanta mierda? —Dejo escapar un bufido y me pongo de pie. Ya me ha fastidiado la película—. No he nacido ayer, ¿te enteras?

Él se levanta también. El rechazo no le ha gustado nada. Está frustrado y enfadado, pero no conmigo. Más le vale no enfadarse conmigo, porque todavía acaba con la bolsa de palomitas de capirote.

—¿Pero por qué no quieres acostarte conmigo?

—Porque no me da la gana, tío pesado.

—¿Pero por qué?

Virgen del Carmen, no se entera de nada. De verdad cree que tengo que gravitar hacia su pelvis como si ese fuera el orden natural de las cosas en lugar de su fantasía de hombretón. Si todavía le tengo que dar las gracias por tomarse la molestia de tratar de acercarse a mí a través de mis aficiones y los halagos, en lugar de darme con un palo en la cabeza y arrastrarme por el pie hasta su cueva.

Me pinzo el puente de la nariz y le miro. Igual, si se lo explico despacito...

—Porque no entiendes por qué, por eso.

—¿Pero con el chófer sí? ¡Anda, no me jodas!

¡Sabía que se había picado por eso! ¿Me he casado con un niño de seis años en el cuerpo de un treintañero? No puedo evitar que se me escape una carcajada, lo que aumenta su estupor y su mala leche.

—¿Él es menos que tú por trabajar para ti, o qué?

—Yo no he dicho eso. ¡Por mí como si te tiras al jardinero! Que, no es por nada, pero al que mira el culo es a mí. —Se pasa la mano por la cara—. ¿Qué tiene él que yo no? ¿Tiene esto? —Se levanta la camiseta y me enseña sus abdominales, y gracias a que estoy un poco saturada de sexo esta semana puedo evitar que me palpite el coño cuando se pasa la mano por ellos—. ¿Tiene esta cara? No sé, Belén, no te entiendo nada.

Me da mucha pereza tener esta conversación, así que elijo no tenerla. Le tiro la bolsa al pecho y las palomitas se desparraman por sus abdominales perfectos. Y con esto, giro sobre mis talones y me esfumo.

Javier

No entiendo nada.

Me he esforzado durante semanas en tener algo en común con ella pensando en que eso es lo que querría. Las otras mujeres estaban interesadas en mí igual que yo en ellas, pero como parece que no es el caso (y por todos los demonios, ¡no tengo ni idea de por qué no!) he intentado ligármela de la manera tradicional siguiendo el consejo de mi colega Alfonso. Pues mira qué bien: no ha dado resultado.

Considero durante un día entero empezar a pasearme en pelotas por delante de ella, pero sé que no surtirá efecto. Y cuanto más me rechace, menos abierta estará a los siguientes intentos. No hay tu tía.

Estoy frustrado. Me paso los días siguientes intentando aprender de Pedro, pero sé que no hay nada en su manera de vestir o de hablar que yo no pueda superar. Yo soy más guapo y más joven. Quizá no sea eso. No estoy seguro. Me empieza a doler la cabeza. Las dos cabezas.

Empiezo a prestar atención de cómo actúa ella con Pedro. Cuando se monta en el coche mientras él sujeta la puerta, se sonríen. Me imagino que se van por ahí de picos pardos y por eso se ríen, pero resulta que ya no lo hacen tanto. Se habrán cansado, o yo qué sé. Aun así, cuando se tropiezan por la casa son amables el uno

con el otro. ¿Tal vez es eso?

Una tarde, bajo el cristal tintado que me separa de Pedro y le pregunto directamente. Él aprieta el volante, nervioso, y me mira a través del espejo retrovisor.

—¿Que cómo la trato? ¿A la señora Belén? Pues... pues bien. Con respeto. — Sus ojos son esquivos—. No la estoy forzando a nada, si me está preguntando eso...

—Ya sé que no la estás forzando, Pedro.

Parece una frase como otra cualquiera, pero algo se enciende en mi cabeza. Dejamos el tema y subo otra vez el cristal.

Esta noche he quedado con Vanessa después de un porrón de tiempo sin vernos. Tenemos sexo salvaje, del que te deja con marcas de dientes en el cuello y las ingles doloridas. Se nota que la pobre pasa hambre en su casa. Pero no consigo quitarme el tema de la cabeza y, mientras el sudor se evapora de nuestros cuerpos, me vuelvo hacia ella.

—Vanessa, tú que eres mujer, ¿qué demonios os pasa en la cabeza?

—¿Qué?

—Es que no entiendo lo que le pasa a Belén. Se está tirando al chófer en los ratos libres, y quizá a alguno más. Pero a mí ni me mira. O me mira, pero no se me tira.

Vanessa se sonríe como si acabase de entender una broma que le han contado hace tres días. Se incorpora. El pelo le cae sobre los hombros y los pechos pecosos que tanto me gustan, y parece una de esas chicas desnudas de los cuadros. No las gordas, las otras.

—¿A ti te gusta Belén? —pregunta con acento alemán—. ¿Te gusta de gustar? No digo que te guste como un reto, sino que de verdad quieres estar con ella.

—Ya estoy casado con ella, así que...

—No, no. Te tiene que gustar Belén por ser Belén. No porque sea guapa o porque sea tu mujer, o porque no quiera nada contigo. ¿Entiendes lo que te digo?

Hum. La verdad es que tiene sentido. Para tener veintipico, esta chica es lista. Más lista de lo que parece, como un Buda reencarnado. ¿O el que se reencarna es el Dalai Lama? Yo lo de los chinos no termino de entenderlo.

Pues es una buena pregunta la suya.

¿Me gusta Belén?

Capítulo 4

He invitado a todos mis amigos a la fiesta y han aparecido quince personas más que yo no conocía. No son amigos de Javier; los tipos con los que suele andar ya los tengo más que vistos.

Cuando él celebra algo, sus amigos futbolistas se apalancan en la piscina entre productores de porno y actores medio famosos y no hay manera de echarlos de allí. Y lo de intentar ocupar mi tumbona y tomar el sol como si nada está descartado. En cuanto se dan cuenta de mi presencia, me sacan conversación a berridos, intentan ligar conmigo medio borrachos o me pegan algún pelotazo “accidental”.

Javier siempre se disculpa por ellos, pero unos meses después vuelve a invitar a los mismos y yo me encierro en mi habitación hasta que se largan. Luego él me llama maleducada.

“Al menos podrías haber salido a saludar”, me dice, y sé que está sudando la gota gorda porque si parecemos demasiado distantes podría haber murmullos. Seguro que Javier le ha contado a la mitad de sus amigos que se está acostando con la Rivero, pero eso no cuenta, claro. Esas cosas se dan por hecho.

Como iba diciendo, los desconocidos son amigos de mis amigos que sin duda han suplicado poder acompañarles en calidad de pareja en cuanto han descubierto que venían a la casa de Javier Vázquez. Se nota a la legua porque han revoloteado por la casa preguntando por Javier, y hasta que no ha aparecido en el salón no se han quedado contentos.

Javier les ha firmado autógrafos, se ha sacado fotos con ellos y ha charlado los dos minutos de rigor antes de despacharlos. Desde donde estoy, veo su creciente malhumor, pero no me importa. Lleva así unos días, desde que fastidió la película y me obligó a rechazarle directamente. La arruga del entrecejo se le ha marcado en profundidad por culpa de sus hondas meditaciones depresivas (que a mí no podrían importarme menos, por otro lado).

Yo, en cambio, me paso gran parte de la fiesta agasajando a los invitados, conocidos o desconocidos. Me importa un pimiento que esta gente haya venido aquí buscando cotilleo o que Javier les roce una mano que jamás se lavarán. Soy su anfitriona y tengo que hacerles sentir cómodos en mi casa.

Les ofrezco comida, charlo con ellos, me río con sus bromas y no frunzo el ceño. Resulta que la mitad de los desconocidos son gente bastante pasable con la que

se puede tener una conversación interesante, no sólo fans de mi marido. La otra mitad sí que tiene desperdicio, pero al menos lo he intentado.

Es un placer volver a encontrarme con mis amigos de la universidad. Martina se ha adueñado de la mesa de las bebidas y no la culpo. El tío que ha traído, que debe de ser con quien sale últimamente, le presta más atención a Javier que a ella.

Como mi maridín está ocupado con otra persona, el noviete de Martina se ha quedado fascinado frente al cuadro a tamaño natural que representa a Javier y que está colgado en el hall. A Javier le pasa igual. Debería ir y decírselo, para que se sienta más cercano a su héroe, pero no tengo tiempo ni ganas.

Han venido Susana y Jose, que no han cambiado nada desde la última vez que los vi, hace tres años. Me dan una palmada en el hombro y se ríen, porque siempre les dije que no pensaba que el matrimonio fuera para mí. Yo no puedo decirles que en realidad he derrotado a la institución porque no he aceptado sus imposiciones monógamas y capitalistas, así que dejo que se rían y les ofrezco más vino. Me sentiría una hipócrita si el vino no fuera un Rioja carísimo que en mi soltería no habría podido ni oler.

Charlo con Abraham, con Nuria, con el otro Jose, con Rebeca, Julia y Marta, y con Ernesto. Me paso la fiesta entera revoloteando de un lado a otro y recibiendo besos y felicitaciones, riendo hasta que me duelen las mejillas y sintiéndome plenamente satisfecha.

De vez en cuando, aunque no lo necesito, miro en dirección a Javier, que parece que se ha sacudido a los pelmazos de encima. Él también me está mirando. Tiene esa expresión meditabunda y vulnerable que casi provoca que me entren ganas de acercarme y achucharle, pero enseguida recuerdo que lo que le jode es haberle destrozado su record de victorias y se me pasan rápido.

La fiesta termina a las tres, cuando los que ya tienen hijos se excusan porque la canguro se les estresa, y los que no los tienen quieren salir a las discotecas de la zona. Yo me quito los tacones y recojo las botellas descalza y un poco achispada. Todavía me dura la sonrisa. Debería quedar con mis amigos más a menudo, pero desde que llegué a los treinta y la mayoría empezaron a casarse y a procrear como locos, cada vez resulta más complicado.

Me encuentro con Javier en la cocina. Él también ha traído copas y vasos, y los deja junto a la pila sin decir una palabra. Se le nota cansado y un poco triste, y yo me aguanto el impulso de tocarle la espalda para darle algo de apoyo. Debe de ser el buen rollo de la fiesta, que me ha vuelto un poco gilipollas.

—Ha sido una fiesta muy divertida —dice él después de posar los vasos con un

tintineo de cristal.

—Sí, es verdad —contesto. ¿Me está haciendo un cumplido?—. Aunque no me ha parecido que tú te lo hayas pasado demasiado bien.

—Suele ocurrir cuando me encuentro con desconocidos. No es un problema.

—No me refiero a eso. Has estado... mustio. Aún lo estás.

Él me sonrío. Tiene una sonrisa perfecta, de anuncio de maquinillas de afeitar.

—*Nah*. Estoy bien. —Mete las copas de una en una al lavaplatos—. Se te da muy bien lo de atender a la gente. Pensaba que yo era bueno, pero viéndote con tus amigos me he dado cuenta de que soy mediocre.

¿Me está haciendo cumplidos de verdad? No puedo evitar ponerme a la defensiva otra vez. La última vez lo intentó con mis aficiones y halagos de oferta. Esta vez parece habérselo preparado un poco mejor, pero tuerzo el gesto sin poder evitarlo.

—Eso es porque son mis amigos.

—No todos.

—Bueno, no todos. Pero cuando trabajas de cara al público, aprendes a poner buena cara, a sonreír y a... venderles cosas.

—Pero ahora no estabas trabajando.

—No. Supongo que me gusta hacer sentir bien a los demás. Por eso me... preocupo por ti, ¿no? —Me pongo seria y levanto un dedo—. Aunque como todo esto no sea más que un intento de manipularme para meterme boca, te juro que...

Se echa a reír. Le sale unas arrugas curiosas en torno a los ojos cuando lo hace, pero le quedan bien. Javier va a ser uno de esos tíos que mejora con los años.

—Estoy siendo sincero. Pienso de verdad lo que acabo de decirte.

—¿Y el humor meditabundo que me traes?

—Eso es otra cosa. Estoy pensando, nada más.

—¿En qué?

—En... ti.

Pongo los brazos en jarras. El estómago me ha cosquilleado, lo admito, pero no voy a dejarme ganar por una estrategia tan obvia. Ya me he topado con más tíos como Javier con anterioridad, y la Belén de veinte años era mucho más tonta y más fácil de halagar que la de treinta y dos.

Él se da cuenta y levanta las dos manos en gesto defensivo.

—Tú has preguntado. Pero tranquila. Me guardo mis pensamientos para mí.

Debería guardarme los míos para mí y dejarlo en tablas, pero no puedo.

Todavía queda mucho de la Belén de veinte años en mí, me temo.

—¿Y esto a qué viene? Porque cuando me conociste no pensaste mucho en mí. Llevamos casados seis meses y tampoco me has dedicado muchos pensamientos. Si crees que así me vas a ablandar, me temo que no me conoces nada.

—Lo sé, y tienes razón. Lo siento.

Esto es... raro. ¿Estamos hablando de nosotros, nosotros? ¿De nuestros sentimientos? ¿Y me está dando la razón y escuchando en lugar de hablar de sí mismo y de lo bueno que está?

—No debería haberte pedido esto. No te lo merecías.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —No puedo contener una risa nerviosa—. ¿Crees que me molesta vivir aquí y tener tanto dinero? ¿O que tengas amantes? Javier, el trato era ese. Si no lo hubiera querido, no lo habría aceptado, y soy una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones. Decidí esto, y no me arrepiento.

—Pero me desprecias.

Bien, no puedo contestar a eso. Tiene razón. Le desprecio. No le desprecio tanto para un polvo con odio (motivo por el que estamos hablando todo esto, probablemente), pero sí que me parece un idiota. Un idiota egocéntrico y competitivo que me ha objetificado desde el principio.

Suspiro y asiento.

—Un poco.

Se sonrío.

—¿Ves? Ya lo sabía.

—Pero no lo haría si no fueras tan... tan... tan tú. ¿El dinero a cambio de ser tu esposa de pega? ¡Eso no me importa! Peores trabajos he tenido, te lo juro.

Miro al suelo. Me ha empezado a temblar las manos y la voz.

—Podrías tener diez mil amantes y a mí me daría exactamente igual— Continuo— si no quisieras convertirme en la número diez mil uno. A veces pienso en Vanessa y Michel y en lo diferente que sería todo si tú, simplemente...

Levanta una mano.

—Lo entiendo, lo entiendo. Vanessa tenía razón. —¿Vanessa? ¿Ha hablado

con ella de este tema? ¡Y yo que pensaba que sólo la quería para empujar!—. Te pido perdón. Tienes razón. He... pensado mucho en ello y es cierto. No puedo utilizarte. Estoy casado contigo y vivimos juntos, y aunque no nos queramos deberíamos respetarnos.

Oír cosas tan razonables saliendo de su boca me va a provocar una apoplejía. Es agradable, no voy a mentir, pero no sé si es lo que quiero en este momento. Estoy cansada y mi idea de terminar la fiesta era limpiar por encima antes de irme a la cama y dormir. Suspiro por enésima vez desde que ha empezado esta conversación y asiento.

—Gracias, pero es un poco tarde. Acepto tus disculpas, pero creo que es mejor que me vaya a dormir. —Él lo acepta de buena gana. Supongo que no estaba esperando a que después de pedirme perdón por ser un idiota me lanzase a arrancarle la ropa, lo que debe de indicar que lo decía todo en serio. Va ganando puntos—. Descansa.

Me voy a ir sin más, pero antes me lo pienso y le doy un beso en la mejilla. Su barba incipiente me roza los labios. Huele demasiado bien y el Rioja me anima a hacer locuras, a bajarme los pantalones aquí mismo y dejar que me haga lo que quiera... Pero le echo el freno a mi loquísima imaginación y todo acaba en el beso.

Me voy a mi habitación aún temblorosa. Me siento tan rara que ni siquiera aprovecho el calentón para masturbarme. Por suerte, el sueño me reclama pronto.

Javier

Ha ido bien. Más o menos bien. No sé qué esperaba, en realidad.

Creo que Vanessa estaría orgullosa de mí si hubiera visto esto. Creo que Belén también lo está. Espero que lo esté. No se hace una idea de lo difícil que es para mí admitir mis errores y aprender de ellos.

He estado observándola durante toda la fiesta y ha habido... algo. No sé exactamente el qué, pero me ha fascinado. Me he parado a mirarla mientras se rodeaba de gente y he visto algo distinto a lo que suelo ver.

Es casi como si la hubiera visto a través de los ojos de sus amigos. Me han dado ganas de ser su amigo, como si hasta ahora me hubiera estado perdiendo algo muy bueno que a ella no le importa regalar.

El otro día Vanessa, ahora Belén... No sé cómo he hecho para rodearme de tías tan interesantes y tan sabias buscando pibones. Igual es que las dos cosas no son incompatibles. Igual es que tampoco es tan malo hacer amigas (te las tires o no).

Ahora, si me disculpáis, tengo una esposa con la que fantasear antes de planchar la oreja.

Capítulo 5

Todo esto es muy raro.

No termino de entender la disposición de la habitación. A ratos parece que las esquinas son redondas, y a veces las paredes hexagonales. Vanessa está aquí, charlando con Martina. En ocasiones se me confunden. Pelo rubio, pelo rojo, da igual.

Lo único que sé seguro es que Javier está aquí, conmigo, y que lo que más deseo es follar con él. Todo esto va a explotarme en la cara, es evidente, pero eso ocurrirá mañana. Ahora mismo tengo cierto furor uterino que debo acallar, así que le tomo del codo y le separo de Vanessa, que de repente es Martina otra vez, pero tiene el pelo corto como en la universidad.

—A ver lo que haces, Belén, ten cuidado.

Ni le contesto. Arrastro a Javier por el pasillo, que es largo y oscuro. Tenemos que llegar a una habitación, pero cada vez que abro una puerta me encuentro a mi madre, que me mira con desaprobación. A la segunda vez que ocurre dejo escapar un grito de exasperación y decido abandonar la búsqueda.

No será en una cama, entonces, pero a mí estas cosas ya no me molestan. Le empujo contra una pared y le levanto la camiseta. Hundo mi boca en su vientre, pero no percibo ningún olor. Aquí falta información.

Le manoseo el pantalón y le suelto la bragueta. Javier me toma por las axilas, me levanta haciendo gala de una fuerza inusitada y ahora es él quien me aprieta contra la pared. Estoy desnuda y no me acuerdo de cuándo ha pasado, pero resulta muy conveniente porque entra en mí sin ambages.

Le siento dentro, en lo más profundo, y no puedo contener un gemido. Le beso y nuestras lenguas juegan. Sus manos se hunden en mis muslos y los abren con rudeza. Mi espalda choca otra vez contra la pared. No hemos hecho nada y ya me estoy corriendo. Y va a ser de los fuertes. Va a ser de los...

Fuertes.

Me despierto con la cara pegada a la almohada. He vuelto a babear como un caracol y tengo el pelo churreto contra la mejilla. Dejo escapar un gruñido y le doy vuelta a la almohada. La entropierna me palpita furiosa, exigiendo cierre. Ah, yo no tengo la culpa, bonita. No haberme obligado a soñar cosas de las que ahora me avergüenzo.

Pero no voy a castigarme. Este calentón es demasiado oportuno y va a quedar entre nosotras, así que me limpio la mejilla con la mano y me incorporo. Abro el cajón y saco mi varita mágica (uno de los modelos sin cable y de cabezal más discreto, pero cuyas potentes vibraciones me siguen llevando al Nirvana).

Me deshago de las bragas, me pongo bocabajo y coloco la varita entre mis muslos en el primer nivel. Pero tan pronto las ondas se apoderan de mi coño, que a esta hora casi chapotea, lo subo al último. Éste va a ser de los fuertes y rápidos.

Encojo los dedos de los pies y me imagino que Javier me descubre así, ahora mismo. Me sube el camisón lo necesario para hacerse un hueco y me la mete sin remordimientos hasta que grito.

Y grito.

Me desfogo contra la almohada, que es muy pronto. Cuando la vibración se vuelve insoportable, apago el cacharro y me quedo tendida sobre la cama. Ahora me da cosa haber pensado en él de esa manera. Hay una parte de mí que no puede evitar sentirse sucia al haberle invitado a mi cama, aunque sea de manera ficticia, y me pregunto si no se me habrá ido de las manos.

Con la charla de ayer, debo admitir que Javier se ha subido considerablemente en la escala de posibles compañeros de cama, pero no sé si me quiero meter en esos saraos. Seguro que si empezamos se lía de mala manera, y no sé si me apetece tanto problema. Lo tengo todo pensado y me gusta mi vida tal y como está.

Pero Javier...

Voy a dejar de pensar en él, al menos por ahora. Me doy una ducha, bajo a desayunar y entretengo mi mañana como suelo. Media hora de elíptica mientras veo las noticias, salir a dar un paseo por el barrio y tomarme un té en una terraza, pasarme dos horas leyendo las redes sociales como una zombi...

Consigo sacarle de mi mente y el día transcurre cómodamente. Me hago unos largos en la piscina y tomo el sol después de comer, y antes de que me quiera dar cuenta ya es casi de noche. Javier no ha aparecido en todo el día y me pregunto si se habrá marchado con alguna para pasar el fin de semana. Le pregunto al servicio y no me dicen nada, no lo saben.

Hum.

Me pongo una serie mientras cenó algo. A mitad de capítulo, me vibra el móvil. Es Javier.

¿Quieres venir a cenar conmigo?

Miro al plato con expresión culpable. Ya no quedan ni las migas. Tecleo con un suspiro.

Acabo de cenar. Es un poco tarde ya.

Él responde enseguida.

Hemos jugado una pachanga y se me ha ido la hora.

Sujeto el móvil con ansiedad. Mira que invitarme a cenar a las diez y media... Pero ha sido amable al hacerlo, por otro lado. Aunque... ¿qué pretende al hacerlo? ¿Es una cena de macho conquistador o una cena de “me apetece salir con Belén”? ¿Puedo dejar de darle vueltas al asunto como una mujer madura o voy a seguir permitiendo que me guíen mis partes palpitantes (en este caso el corazón)?

No me da tiempo a seguir regañándome a mí misma. El móvil vuelve a vibrar y ahí está él otra vez.

Si quieres podemos salir a tomar algo. Hace buen tiempo.

Me paso las manos por la cara. Estoy sin maquillar y en plan sofá, pero es verdad que hace un calorcito muy rico y me encantaría dar un paseo. Además, tengo... curiosidad. No sé qué trama Javier esta vez o con qué me va a sorprender.

Sospecho que me quiere llevar a la cama (¿cuándo no?), pero sospecho que hoy yo me dejaría llevar. Soy reticente por lo obvio. Se va a liar. Lo sé. Pero la charla de anoche fue extremadamente... poco usual.

No sueño ni quiero que Javier se convierta en un príncipe azul que venga a recogerme en carroza ni nada de eso, pero la posibilidad de que su compañía se convierta en grata en lugar de ser una molestia me resulta muy atractiva.

Cielos, él me resulta atractivo.

Vale. Tengo que vestirme. Dame media hora.

Él me responde con muchos *emojis* sonrientes.

Será una hora.

Todavía te dejo plantado, idiota, le contesto.

Me envía más *emojis*. Estos lloran de la risa. Bufo.

Media hora después (me he empeñado a fondo para ser tremendamente puntual) aparezco en la entrada vestida, peinada y maquillada. He tenido que ir a lo seguro porque la falta de tiempo no me ha dejado ser experimental, pero estoy contenta con mi vestido, mi pelo suelto pero arreglado y mi maquillaje discreto.

Javier espera en el coche. No el que suele conducir Pedro, sino el suyo, un

descapotable negro tan bajo que más que subir al coche parece que te estás dejando caer en él. Es el que saca cuando vamos a cenar por ahí y esperamos prensa, aunque de vez en cuando sale a conducir por la costa cual James Dean. Espero que más despacio.

Me lleva a un bar junto a la playa. La luz de la terraza es casi cegadora, pero enseguida me acostumbro. Hay buen ambiente y música suave, y la mesa que escogemos es acogedora. Un camarero nos toma nota. Los dos pedimos un gin-tonic.

—¿Tú has cenado? —pregunto, temiéndome que acabemos volviendo en taxi.

—Me he comido un bocata mientras te esperaba.

—Si me hubieras dicho antes lo de salir...

—Se me ha ocurrido a última hora. Ni siquiera sabía si querrías venir.

Ni siquiera yo lo habría sabido, así que no le puedo culpar. El camarero viene enseguida con dos gin-tonics chisporroteantes y un platillo de aceitunas. Me pueden. Pincho una con un palillo y me la llevo a la boca sin quitarle los ojos de encima. Estoy entre intrigada y recelosa, pero me digo a mí misma que tengo que dejar que las cosas se desarrollen sin presionar.

Charlamos de cosas insulsas y bebemos. Creo que es la primera vez que tengo una conversación trivial con Javier. Hasta ahora, siempre que he hablado con él ha sido con un objetivo en mente: negociar algo, pedirle que no hiciera algo o preguntarle algo que nadie más podía decirme.

Pero resulta que no es mal conversador. No habla solo de fútbol y de coches, como pensaba, aunque le pregunto por su pachanga de hoy. Me cuenta que ha jugado con unos amigos y que se lo ha pasado bien. Que lo peor de jugar al fútbol profesionalmente era la sensación de estar haciendo por obligación lo que para él era un placer, y que al retirarse ha vuelto a descubrir su pasión.

Nos terminamos los gin-tonics. A mí me apetece otro, pero quiero que Javier pueda ser capaz de devolvernos a casa de una pieza, así que propongo dar un paseo por la playa. A esta hora, las olas chocan contra la orilla con un rugido bajo y placentero, y el aire huele a salitre y a las barbacoas de los restaurantes del paseo marítimo.

Él accede. Paga y me lleva a las escaleras que conducen a la playa, donde nos descalzamos y empezamos a andar sobre la arena. Aún guarda algo del calor de la mañana, y su caricia es agradable.

En algún momento nos cogemos de la mano. Nos acercamos al agua, que

besa nuestros pies, y vemos cómo la espuma se arremolina sobre la arena bajo la luz de la luna.

Me siento tan bien que me quedo quieta y permito que la brisa me remueva el pelo. Javier pone su mano en mi nuca y hunde los dedos en mi cabello. Sus dedos me provocan un fuerte cosquilleo que se transmite a todo mi cuerpo. Me echo hacia atrás y mi espalda se topa contra su pecho. Él rodea mi cintura con sus brazos. Parecemos dos enamorados, pero yo sé por qué hago esto.

Noto su paquete contra mi culo. El bulto es agradablemente grande. Sus brazos, que me rodean, son fuertes y firmes. Me restriego contra él. A nuestro alrededor no hay nadie, sólo gaviotas dormidas, y el paseo marítimo queda bastante lejos. Llevo sus manos a mi pecho. Él se deja hacer. Sus dedos se abren y rodean mis pezones. Los tocan suavemente sobre la tela. Los noto endurecerse al instante. Mi entrepierna se humedece, y la suya crece.

Sus dedos acarician mis labios. Yo los abro y lamo las yemas, y me los meto en la boca como una niña buena. Oigo cómo jadea contra mi oído. Su cadera se clava en la mía.

—¿Todavía quieres follarme? —pregunto en un murmullo.

Él asiente, serio. Está mirando cómo chupo su dedo mientras se refrota contra mi culo.

Vale, esto va a ser complicado. Miro a mi alrededor. No es que haya muchos sitios donde hacerlo en secreto, pero la noche es oscura y el paseo está lejos. Lo malo es la gente que podría tener la misma idea que nosotros.

Dios, me muero por poder follar con él ahora mismo, sin importar quién lo vea... Pero al mismo tiempo hay una neurona de sensatez que el alcohol todavía no me ha matado. Señalo un grupúsculo de rocas a nuestra derecha. Si tenemos cuidado...

Javier asiente enseguida. Me coge de la mano y tira de mí hacia las rocas. La arena está seca y las rocas son planas, sin recovecos ni conchas que puedan cortarnos. Si nos ponemos detrás, nadie podrá vernos.

Me saca el vestido por la cabeza y me quito la ropa interior de un tirón. Javier se queda alelado. Chasco los dedos delante de su cara y vuelve en sí. No tarda nada en desnudarse, como yo, y me atrae hacia él sin darse cuenta de que yo ya me he lanzado a sus brazos.

Nos besamos como locos. Su barba incipiente me raspa la cara, pero no me importa. De esta salgo como si me acabase de depilar el bigote, roja e hinchada,

pero en este momento tengo otras cosas hinchadas que me preocupan más. Él mete la mano entre mis piernas.

—¡Cuidado con la arena! —le digo, y él gruñe afirmativamente. Joder, estoy empapada del todo. Sus dedos coquetean con mis labios mientras nuestras bocas se encuentran. Me roza el clítoris y lo acaricia deprisa. Yo me retuerzo y me junto más a él.

Su miembro choca contra mi vientre. Palpo directamente. Es grande. Bastante grande. Muy grande. “*No sé muy bien si me va a entrar*” grande. Estas cosas se avisan en los acuerdos prenupciales. Si lo llego a saber, lo mismo le cato antes.

Sus dedos se introducen en mi interior. Estoy tan mojada que apenas hay resistencia. Dejo escapar un suspiro y noto que los curva hacia él. Su dedo pulgar me roza el clítoris. Despacio, mueve la mano y yo empiezo a temblar. Me ha encontrado el punto G a la primera. ¡Y yo que pensaba que era tonto!

Me agarro a sus hombros y abro las piernas. Su boca me llena de besos. Me muerde los labios y el cuello, y yo me dejo hacer como un peso muerto. He empezado a sostener un gruñido bajo y no me he dado cuenta. Estoy cerca del orgasmo, pero lo suficientemente lejos como para que esto cuente como tortura. Le clavo las uñas en la espalda, y él sonrío.

—¿Quieres que te la meta? —pregunta, malicioso.

Asiento. Debería preocuparme por todo lo que me enseñó mi madre: los embarazos, las ETS y tal. Pero su masaje me está quitando el sentido y lo único que puedo hacer es decir que sí y gemir.

Apenas le puedo ver, pero me lo imagino. Está sonriendo porque me ha atrapado y me tiene como quiere. Por fin lo ha conseguido. No soy más que una presa para él, lo sé. Pero ahora mismo no me importa. Quiero sentirle dentro y que me penetre hasta que me duela, y ya me preocuparé después por las consecuencias.

Mi madre me querría matar ahora mismo.

—Ponte de rodillas.

Obedezco. La arena está blanda y me acoge sin problemas. Javier me mete los dedos húmedos en la boca. Saben a mí. Cierro los labios sobre ellos y los chupo hasta que están limpios. Eso le gusta. Su pene erecto está cerca de mi cara. Me yergo para tratar de chuparlo también, pero él se retrae, prolongando la espera. Dejo escapar un gruñido de exasperación.

—No juegues, capullo —le digo.

—¿O qué? ¿Te vas a levantar e ir? —me pregunta.

Sé que no lo voy a hacer, pero él no tenía por qué saberlo. Frunzo el ceño. Él adelanta la cadera y me deja probarlo, pero apenas lo he pasado una vez con la lengua antes de que se eche hacia atrás otra vez.

—Oye, ¡que te den!

—Yo sí que te voy a dar a ti.

Me da la vuelta y se arrodilla detrás de mí. Clavo los dedos en la arena. Le siento tan cerca que apenas puedo dominarme. Reculo y trato de obligarle a no tardar, pero él me toma por las caderas con firmeza y me deja quieta donde estoy.

Se frota contra mí como le da la gana. Estoy muy mojada y resbala entre mis labios provocándome un cosquilleo muy agradable. Gimo. Sabía que follar con Javier sería excitante, pero no me imagino que lo sería tanto. Él debería tener tantas ganas de acostarse conmigo como yo. ¿Por qué lo prolonga tanto?

Entra de golpe. Yo grito. Es muy grande, ya lo había avisado. Yo estoy muy húmeda y sus caricias me han ayudado a prepararme para su tamaño, pero su vulgaridad no ha mejorado nada. Él me frota el clítoris y enseguida vuelvo a relajarme. Me llena tanto que siento que voy a explotar. Es justo como yo me imaginaba. Justo como quería.

—Joder... —suspiro—. Fóllame fuerte.

—¿Fuerte?

—Sí, pero acaba fuera.

Vale, no es la solución óptima, pero he dejado que este idiota me haga suplicar. Es evidente que no tengo todas mis capacidades mentales conmigo.

Javier me toma de la cintura, sale y vuelve a entrar. La segunda ya no duele, aunque lo ha hecho más fuerte y con menos cuidado. La tercera y la cuarta parecen gemelas, por la velocidad. Y pronto pierdo la cuenta, porque lo único que alcanzo a sentir es una fuerza mayor que la mía impactando contra mi cadera, amenazando con romperme en mil pedazos.

Esto es justo lo que quería. El placer es tan fuerte que apenas veo. Oigo sus jadeos rotos, sus gemidos. Noto sus caricias en mi espalda y en mi cadera. Me pega dos o tres azotes y yo grito. Abro más las piernas y él entra a placer. Si no me estuviese sujetando, probablemente me caería al suelo.

—¿Así te follas a Vanessa? —me oigo preguntar.

—No. Esto es solo para ti —me responde.

Me frota el clítoris cada vez más rápido. En segundos, el mundo se vuelve de

colores. Tengo los párpados cerrados y apretados, y mi cuerpo se estremece por completo. Vuelvo a gritar. He despertado a las gaviotas de la roca. No me importa. Él también grita. Poco después de que yo me haya corrido, él sale de mí y siento algo caliente y pegajoso bajándose por una nalga.

—¿Por qué no has apuntado a otro lado?

—¡A saber cómo lo hubieras hecho tú, lista! —me responde entrecortadamente.

Apenas tengo fuerzas en las piernas, así que le pido que me acerque el bolso. Me limpio con un pañuelo de papel. Estoy empapada en sudor y en más fluidos, pero no tengo suficientes pañuelos para limpiarme del todo. Entierro el papel en la arena. Sí, ya, el Medio Ambiente. No pienso llevar eso encima hasta la papelera ni de coña.

—¿Todavía me odias? —pregunta Javier con una sonrisa que reluce en la oscuridad.

—Nunca voy a dejar de odiarte.

—Bueno, si me odias así yo no me puedo quejar.

—Tengo frío.

—Ven.

Me abraza. Reposo la espalda contra la roca y yo me dejo caer sobre su cuerpo sudoroso. Está tan calentito...

Cierro los ojos un momento. Acabo de acostarme con Javier. Bueno, no sé si acostarse es la palabra, dado que no estamos ni en una cama ni nos hemos tumbado. Más bien, Javier acaba de follarme hasta dejarme tan idiota como él... y no puedo decir que me haya disgustado algo. Ahora entiendo por qué las tías que se trae a casa chillan tanto. Yo, que no soy de las gritonas, no me he podido contener.

—A estas alturas tienen que haberse enterado todos los que estén en la playa —digo sin apartar la cabeza de su hombro.

—No, qué va. Las gaviotas han empezado a chillar en el momento justo y han tapado todo el ruido.

—Sí, ya...

—Oye, no te lo tomes a mal, pero tengo arena en el culo y no es ninguna broma.

—¿A quién se le ocurre traerme a la playa?

—Yo no he visto que te hayas quejado, lista.

—Llévame a casa.

—¿Ya?

—Llévame a casa, que te vas a enterar.

Javier

Ha sido bastante... wow.

Para ser un polvo improvisado, no ha estado nada, nada mal. Ni me imaginaba que esta tía tendría tanto fuego dentro, pero un poco más y me quemo. ¡Y parecía tan recatada, con sus libros y su pinta de intelectual!

Durante el viaje de vuelta a casa me ha regañado por no ponerme condón. Resulta que ella tenía en el bolso y en el calor del momento se le ha “olvidado”. ¡Y la culpa es mía!

Tampoco es que tenga de qué preocuparse. No ha habido riesgo de hacerle un chiquillo porque Javier Vázquez tiene una puntería infalible... sólo cuando quiere. Y, además, con las otras chicas siempre me cuido, así que no es como si le fuese a pegar algo.

Le juro por todos los santos que no se me va a volver a olvidar. Me gusta esa obligación en futuro. Cuando le he preguntado que si eso quiere decir algo, me ha lanzado puñales por los ojos. No sé si eso quiere decir algo.

Me voy a dar una ducha. Lo de trincar en la playa es muy bonito, pero la arena no perdona.

Capítulo 6

Aunque me haya dejado dolorida, mi pobre neurona todavía no puede retomar el control. Soy psicóloga: sé de lo que hablo. Mi pobre cerebro está nadando en un cóctel de hormonas que me impulsan a:

- a) Sentir cierto apego hacia Javier.
- b) No experimentar remordimientos acerca de lo que ha pasado ahora mismo (aunque es probable que mañana los tenga, en plan resaca sexoafectiva).
- c) Querer repetir la hazaña lo antes posible.

Así que... sí, me he dado una ducha, le he pedido que haga lo propio y le he citado en mi habitación. Y sí, he rebuscado en mi cajón de los juguetes para poder llevar a cabo una venganza como Dios manda. Se va a enterar.

Javier llama a la puerta y abre. Está en bata. Es la una de la mañana, pero yo me siento muy despierta, quizá por el hecho de no haber ingerido tanto alcohol a esta hora como suelo.

La mirada de Javier me desnuda tan pronto se posa sobre mí. Yo también me he puesto la bata. Es rápido; cubre la distancia que nos separa en dos zancadas y me toma de la cintura para besarme. Pero yo me hago a un lado y le pongo los dedos en los labios con una sonrisa.

—Espera, bonito. Estamos en mi habitación y aquí mando yo.

Su expresión se torna interesada, intrigada. Por suerte, mantiene la boca cerrada. Tengo algo de calor repentino, y no es el tipo de calor bueno. Es más bien algo de nervios por haber empezado algo que no sé si podré terminar tan bien como lo ha hecho él.

Sin embargo, cuando le cojo de las manos se deja hacer. Le quito la bata lentamente y dejo que caiga al suelo. Su cuerpo se revela de nuevo. No es la primera vez que le veo desnudo. Joder, probablemente le haya visto desnudo más a menudo que a Pedro, porque uno de sus pasatiempos favoritos es pasearse por la casa en pelotas. Pero, con todo, es la primera vez que puedo deleitarme en su figura y tocarle con libertad.

Le paso los dedos por el cuello y los hombros, que son recios y firmes. Bajo por sus pectorales y los delinearé con las yemas de los dedos. Su cuerpo está fresco por la ducha y huele a su gel de baño. Tiene el vientre firme y plano. Podría partir nueces en él, probablemente. Él me sostiene la mirada. Yo paso las uñas por su

costado y le noto retorcerse. Es una caricia indolora, pero que despierta unas sensaciones crueles para el que no puede defenderse.

—Qué mala te has vuelto —me dice.

—Todavía no sabes cuánto.

Le conduzco hasta la cama y le indico que se tumbe en ella. Saco unas esposas de debajo de la almohada y él se ríe, pero yo le devuelvo una mirada muy seria. Javier pone las manos sobre su cabeza, cerca de las barras del cabecero, y me permite que cierre los grilletes en torno a sus muñecas.

Ahora está inmovilizado. Se recuesta como un señor. Aún se siente cómodo y cree que tiene el poder, pero pronto voy a demostrarle que no es así. Yo también sé darle caña a un hombre.

Para darle un aperitivo, paso las uñas por el interior de sus brazos descubiertos y él se retuerce. Me inclino sobre su boca y casi le beso, pero en el último momento me aparto. Él deja escapar un gruñido y se esfuerza por alcanzar mi boca, pero yo siempre quedo varios centímetros por encima y se lo hago pasar mal.

—Zorra —me dice.

—¿Cómo que zorra? —Le agarro un pezón y se lo retuerzo. Él se queja en voz alta—. Pídeme perdón.

—¡Perdón!

—Así me gusta —digo al tiempo que le suelto.

—¡Ayyy! Eso ha dolido.

Le beso el pezón dolorido y le paso la lengua por él. Noto cómo se eriza. Le mordisqueo el otro para que no tenga envidia y percibo cierto sabor salado. La tensión le empieza a hacer sudar. Bien. Eso me gusta. También veo cómo empieza a endurecerse entre las piernas. Sé que le gustaría que le acariciase, pero aún no voy a hacerlo. Va a tener que suplicarme.

Empiezo por sentarme sobre su vientre de manera que esté cómodo y perciba el calor cercano de mi cuerpo, pero sin tocarle su parte más sensible. Él, de manera instintiva, sube las caderas, pero yo no me muevo un ápice. No voy a dejárselo fácil.

Le beso, esta vez sí. Nuestras bocas se funden en una danza apresurada y húmeda en la que no hay remilgos ni pausas. Mis labios y mi barbilla están doloridos por los besos de antes, pero no me importa. Ahora me vengo mordiéndole el labio hasta que se sacude.

Su respiración se acelera, y la mía también. Le tomo de las manos y apoyo mi peso en ellas. Él ronronea. Noto que ya está erecto del todo y que la punta de su pene me roza entre las nalgas. Pero todavía es muy pronto.

Subo un poco más, hasta su cabeza. Coloco las piernas a ambos lados de ella, firmes, y desciendo hasta que mi sexo queda a su alcance. Él saca la lengua y me acaricia con ella, pero yo me aparto en el momento justo.

Él gruñe otra vez y yo me río.

—No es tan divertido, ¿verdad?

—No...

—Para la próxima, ya lo sabes.

Le brillan los ojos de deseo. Yo bajo la cadera y, ahora sí, permito que su lengua me paladee y se retuerza entre mis piernas. Me roza los labios con delicadeza, hace una espiral y sube hasta mi clítoris, que relame con fruición. Lo toma en su boca y succiona. El tirón me hace morderme los labios y sonreír. Su respiración se ha acelerado. Está disfrutando tanto como yo.

Muevo las caderas ligeramente y él se deja hacer, poniendo la lengua plana para que yo me deleite en ella. Después toma de nuevo la iniciativa, me besa, me busca, y bebe de mí como un hombre sediento. Me calma el escozor que me ha provocado antes mejor que el agua helada.

El placer se empieza a acumular en nudos en mi vientre y en mis piernas. Si sigue así, no voy a tardar en llegar al orgasmo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Poso las manos en la pared y mis dedos se crispan.

El placer me mece en oleadas, cada vez más fuerte, hasta que al fin irrumpe en mi ser y me agita de un lado a otro. Gimo en alto y eso le da fuerzas a Javier, que lame aún más rápido y con más ganas, sin parar hasta que me dejo caer a un lado sin fuerzas ni aire.

Tardo unos minutos en volver en mí. Javier sigue a mi lado, jadeante. Tiene el cuerpo perlado de sudor y la boca húmeda. Le seco con la mano y le beso. Su lengua tiene mi sabor, y se mete en mi boca con una clara intención.

Es evidente que él está muy excitado. No dice nada, pero se retuerce como si le estuviera torturando con un hierro al rojo. Me divierto verlo así, tan inquieto, y me pregunto si debería marcharme para que durmiera.

Pero no, no soy tan mala. Aunque quizá, algún otro día...

Desciendo por su pecho y le doy pequeños besos y mordiscos. Él gime,

agónico, cada vez que mi boca roza su piel sensible. Se mueve en un intento de huir de mí al mismo tiempo que me busca. Es una mezcla curiosa.

Pero en cuanto mi boca llega a la punta de su miembro y mi lengua pasa por su frenillo, serpenteante, deja de retorcerse. Esto es lo que quiere que haga, y esto es lo que voy a hacer.

Si mi mandíbula lo permite.

Estoy deseosa de hacerle la mejor mamada que le hayan hecho nunca, pero seguro que no soy ni la primera ni la última en su larga lista de conquistas. Voy a tener que emplearme a fondo, pero estoy borracha y no de alcohol. Estoy... supongo que estoy embriagada por el triunfo y las sensaciones que me ha propiciado.

No es sólo que me haya hecho bien el amor, ni que el olor que emana de su cuerpo me intoxique en parte, sino que la idea de tenerle a mi merced me seduce poderosamente, tanto como estar a la suya.

Si el intercambio es así de equilibrado, quizá podamos llegar a otro acuerdo. Pero, por el momento, no pienso en eso. Ahora mismo mi única ambición es hacer que grite sólo con mi lengua y mis manos.

Su pene erecto es tan grande como en la playa, suave y muy duro. Palpita contra mi mano cuando lo toco. Paso la lengua desde la base hasta la punta recorriendo el tronco con maestría y le noto temblar.

Tomo la cabeza en mi boca y serpenteo sobre ella. Poco a poco, cada vez me meto más hasta que empiezo a chuparlo de arriba abajo haciendo algo de succión. Él se anima enseguida y trata de marcar el ritmo con las caderas, pero no le dejo. Cuando empieza, paro, y él gruñe como un niño al que le han fastidiado su tarde de juegos.

Para que no se enfade, vuelvo a empezar. Le acaricio con las dos manos para ayudar a mi boca a abarcarlo entero, aunque a veces intento descubrir hasta dónde puedo llegar sin ahogarme. Me llena tanto como en la playa. Si no me hubiese corrido ya y no me doliera la entrepierna, quizás le montara. Pero quiero que disfrute él, ahora. Quiero que vea lo que soy capaz de hacer cuando me dejan.

Él lleva gimiendo entre dientes un buen rato. Los músculos se marcan bajo su piel cuando gira, como una estatua de Miguel Ángel. Creo que es el tío más en forma con el que me he acostado, y la idea de que sea mi marido y pueda hacer esto cuando quiera me anima enormemente. Está tan bueno que me dan ganas de perdonarle todo su narcisismo y estupidez. Si pudiera ser tan agradable como ayer y hoy...

Giro mis manos sobre su tronco mientras le chupo la punta. Eso le hace gemir aún más hondo. Sus músculos se tensan y su abdomen parece vibrar. No le debe de quedar mucho. Sigo haciéndolo sin parar mientras mi saliva chorrea por mi barbilla y mis manos, lubricándolo todo para que cada vez sea más fácil y más rápido, y entonces noto otro temblor y él eyacula sobre mi lengua mientras me mira a los ojos y grita. Yo sigo moviéndome hasta que termina. Está dulce. Trago y me limpio la barbilla con el dorso de la mano.

Javier respira con fuerza sobre la cama. Le quito las esposas y las dejo sobre la cama, y antes de que pueda acomodarme a su lado, me rodea con un brazo y me aprieta fuerte contra su pecho.

No hace falta hablar, en realidad. Los dos estamos muy relajados, aún atontados por las hormonas que conlleva el orgasmo, demasiado satisfechos para abrir la boca. Yo cierro los ojos y aspiro su olor, que se ha mezclado con el mío.

Me siento en paz. Más en paz de lo que me he sentido en mucho tiempo sin un Martini en la mano, como si hubiese terminado una tarea pendiente después de meses de inactividad y procrastinación.

Supongo que la tensión sexual que había entre nosotros ha marcado en parte la dirección de la relación hasta este momento, y no ha sido hasta que no nos la hemos quitado de encima que puedo pensar en qué significa exactamente.

Y no lo sé. Todo lo que sé es que voy a quedarme dormida.

Y eso es lo que hago.

Javier

Yo...

No sé qué decir.

La estoy mirando dormir sobre mi pecho y siento una extraña sensación de satisfacción. No es sólo por lo bien que hemos follado (que ha estado MUY bien, por si te lo preguntabas), sino por algo más. Hasta ahora no había podido ver a Belén tan relajada, tan ella misma.

Es raro encontrarla sin la expresión de superioridad sarcástica de siempre, pero ahora está calmada y me gusta. También me gusta en otros momentos, claro, pero me da la impresión de que para llegar a este lado de sí misma hay que ser un poco especial.

Me hace sentir especial. Y no te equivoques, ya sabía que era especial de

antes. Joder, marqué el gol de la victoria en la Champions. Soy jodidamente especial.

Pero esta es... otra manera de ser especial.

Acaricio su hombro y su pelo y siento ganas de estrecharla fuerte contra mi cuerpo. Y hacerle el amor otra vez (aunque esta vez creo que me lo ha hecho ella a mí). Pero eso mañana. Ahora, dormir.

Capítulo 7

Cuando me despierto, Javier sigue a mi lado. Nos hemos tumbado de costado, por lo que su brazo reposa sobre mi cintura y su pecho me alberga con todo su calor. Todo huele a él.

Ahora que se me ha pasado el subidón de hormonas tras el orgasmo, no sé muy bien cómo interpretar lo que me aprieta las costillas. No puede ser que me esté pillando de Javier. Pero... es que vosotros no lo estáis viendo. Tiene una carita de bueno cuando duerme... No puedo evitar acariciarle la mejilla y besarle el mentón.

Él ni se entera.

Me ronca en la cara.

Gracias por esa respuesta tan romántica, maridito.

Salgo de su abrazo y me pongo la bata. Le tapo con la sábana y salgo al baño. Tengo que darme otra ducha antes de sentirme persona. Mis muslos están pegajosos y mi pelo hecho un desastre, y anoche ni siquiera alcancé a darme crema. Mi piel está tirante. Me duele la entrepierna.

El agua caliente actúa como un bálsamo sobre mi piel. Mientras me seco dentro del albornoz, me lavo los dientes. Vuelvo a la habitación sintiéndome mucho mejor y me lo encuentro medio despierto bajo las sábanas, con cara de perrillo abandonado. Al entrar yo, se tranquiliza. ¿Pensaba que le había dejado aquí tirado?

¿Cuántas veces lo habrá hecho él con otras chicas?

—Buenos días —canturreo.

Él se frota la cara y se estira, regalándome una vista estupenda de sus pectorales de mármol.

—Buenos días. He dormido genial.

—Por cómo roncabas, no hace falta que lo jures.

Alza una ceja.

—¿Estás siendo mala otra vez?

Me río.

—Sí. Has roncado, pero sólo un poquito.

Me hace un gesto para que me acerque, y obedezco. Me toma de la muñeca y tira de mí para abrazarme. Me besa.

—Agh, aliento mañanero —digo apartándome.

Aprovecha para besarme el cuello expuesto, abrirme el albornoz y besarme el pecho. Ahí su aliento no me molesta. Sus labios se cierran sobre mi pezón y sus dientes me mordisquean. Gruño y le aparto. Él se deja hacer a un lado con mirada de cabrón. Tiene algo que me impulsa a acercarme otra vez y abrazarle.

Tonteamos un rato. Nos besamos. Nos acariciamos. Es... muy distendido. Muy cómodo. Familiar.

Creo que necesito pensar, pero no sé si puedo hacerlo ahora.

Logramos levantarnos de la cama y hacer cosas productivas. Intentamos llevar a cabo nuestras rutinas. No sé él, pero yo no dejo de pensar en anoche. En las sensaciones que me dieron sus labios, en el agradable calor a mi lado, cuando he despertado. De vez en cuando me sorprende con un suspiro. Me he vuelto gilipollas perdida.

Me he vuelto gilipollas por Javier.

Si me lo hubiera planteado hace una semana, me habría reído de la idea. Pero creo que he visto una parte de él que me negaba a ver antes. Eso, y que él se ha esforzado por comportarse conmigo de otra manera. Como si fuese algo más que un objetivo, un premio a ganar. Ahora somos dos personas iguales que disfrutan de la misma manera.

Belén, te has vuelto tonta del todo.

Por la tarde, tengo ganas de estar con él. Después de comer fuera y atender mis asuntos, vuelvo y camino sigilosamente por el pasillo. A esta hora, Javier debe de estar en su despacho haciendo cosas tan importantes como jugar al solitario o masturbarse viendo porno. Ya le he interrumpido alguna vez.

Creo que si se está masturbando será pensando en mí, lo que hace que atraparlo sea muchísimo más interesante para mí. Se me ocurren cosas que podría hacerme sobre su escritorio, o que yo podría hacerle a él, y se me hace la boca agua.

Sonrío en la penumbra del pasillo y me agazapo junto a la puerta. Está hablando por teléfono y tiene el manos libres puesto. Al otro lado está su agente, Pablo. Le conozco. Él cocinó parte de nuestro compromiso y suele venir de vez en cuando a cerrar tratos con Javier. No me cae demasiado bien.

Espero a que terminen para entrar y abordarle.

Es una pena que no se esté tocando como un mono. Mi idea era mucho más divertida.

—...dos portadas de mañana, tío. En el Sorpréndete y el No lo creo. Y ya me están pidiendo más sesiones de fotos en dos revistas más. ¡Lo has bordado!

Javier se recuesta en el asiento.

—¿Entonces crees que me puedes conseguir el trato de publi?

—¿Después de la exclusiva del paseíto por la playa? ¡Pues claro, tío! Vuestra historia de amor va a rular por todos los platós de televisión. Habrá que ser discretos, claro. Nada de contestar preguntas. Eso nos haría parecer desesperados, y tampoco tienen que pensar que es un montaje.

—Yo no tengo intención de hablar con la prensa.

—Muy bien. Lo dicho: mantente calladito, y ella también. Nada de salidas por ahí con la Rivero, ¿eh? Que me fastidias el buen rollo en la prensa. Mantened el perfil bajo una temporada y disfrutad. —Le oigo dejar escapar una risita—. Pensaba que me habías dicho que era medio frígida.

—Pues resulta que no. No lo es para nada.

Pablo se ríe. Mis mejillas arden.

—Ya me contarás, ¿eh, cabronazo?

Javier sonrío y apoya la cabeza en las manos.

—Ya nos veremos. Hasta luego.

Su agente se despide y cuelga. Javier se reclina hacia atrás. Yo aprieto las mandíbulas con tanta fuerza que siento la tensión en las muelas. Si fuese más blanda, se me llenarían los ojos de lágrimas.

Pero no tiene sentido que me eche a llorar. Tenía razón. Siempre he tenido razón. Este tío es un capullo y lo único que quiere de mí es publicidad, como siempre. Me ha embelesado para conseguir algo y ahora parece que nuestra escapada romántica va a salir en todas las televisiones. Como hayan grabado lo que pasó en la roca, me muero.

No, primero le mato y luego me muero.

Es más, le voy a matar preventivamente.

Irrumpo en su despacho y él se sobresalta. Sonríe. No sabe que le he oído. Por su manera de sonreírme, cree que voy a hacer lo que yo creía que iba a hacer antes de escuchar la conversación. Ahora me siento sucia. Sucia y herida.

Lo primero que hago es empujarle tan fuerte que le envío al otro lado de la habitación gracias a las ruedas de la silla. Él me mira con deseo. Se cree que es un juego.

—¿Aquí? Vale.

—No. No vale. Eres un monstruo.

Abre los ojos.

—¿Qué?

—Me has utilizado. Otra vez. Al final yo tenía razón.

—¿Qué?

Cojo el teléfono, arranco el cable y se lo tiro. Él lo recoge en el aire. Iba directo a su cabeza. Si le llego a dar, se la abro. En otras circunstancias me habría horrorizado ante la perspectiva de herir a otra persona, pero me siento tan mal que ahora ni se me pasa por la cabeza la posibilidad de una conciencia.

—Que eres un hijo de puta, un cabrón manipulador y un mentiroso. Bueno, hijo de puta no. Al menos tu madre es una señora como hace falta, aunque tengas con ella una relación dependiente como todos los niños como tú.

Deja el teléfono y se pone de pie.

—Belén, espera un momento.

—¡Que no! Que no te pienso escuchar. ¿Para qué? Eres un capullo. Lo has hecho todo para tu propio beneficio. Por un momento he pensado que podía significar algo para ti de verdad, pero sólo soy publicidad y portadas en las revistas. —Le miro con frialdad. Estoy tan enfadada que tiemblo—. A partir de ahora, ni me hables. Somos como dos extraños, ¿te enteras?

Recula. Frunce el ceño. Está molesto de verdad, y apuesto a que es porque nadie le ha plantado cara de esta manera antes. Antes de que pueda balbucear una disculpa, me voy. No quiero ni estar en la misma habitación que él.

Javier

Eh... Mierda.

¿Qué ha pasado? ¿Ha escuchado la conversación con Pablo? ¿Estaba fuera de contexto! Yo no he hecho nada de esto con segundas intenciones. ¿Cómo se le ocurre?

Es verdad que esto me beneficia, pero nunca he hecho ningún caso a Pablo en este sentido. ¿Y si le digo que pare el contrato y todo lo demás? ¿Servirá eso de algo?

La verdad es que no estoy seguro. Belén está cabreada de verdad, y no es un

cabreo que vaya a desvanecerse con flores y besos.

Joder. Todo estaba bien. ¿Por qué ha tenido que escuchar esta conversación?

Tendría que haberle dicho a Pablo que esto no era parte de ningún plan (que no lo era), pero me la pela tanto lo que opine él de mi vida y de mi relación con Belén que no he visto motivo por el que hacerlo.

¡Mierda! Por primera vez he sentido algo por una mujer que no fuese mero deseo animal y resulta que todo se va a tomar por culo por un malentendido.

Pateo el teléfono. Me hago daño en el pie y grito. Ahora ya no grito de dolor, sino de exasperación. Grito hasta que me duele la garganta y estoy agotado, y medio servicio debe de pensarse que me he amputado un pie en mi despacho por el ruido que armo.

Cuando me relajo, noto que me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Es un número oculto. No suelo cogerlos, pero estoy tan cabreado que ni siquiera pienso.

Cuando me llevo el auricular al oído, no reconozco la voz. Espero a que me salga un operador que quiera venderme un plan de Internet nuevo. Si me cago en sus muertos, lo mismo logro tranquilizarme un poco más.

Pero no es ninguna operadora sudamericana. Esta voz es de un hombre español, y suena fría e impersonal.

—Señor Vázquez, tengo un vídeo en mi poder de cierta escena porno entre unas rocas. Si quiere que le entregue el vídeo, vamos a tener que llegar a un trato usted y yo.

Capítulo 8

Como soy una mujer madura que enfrenta sus conflictos de manera constructiva, he decidido encarar este revés del destino como una adulta.

Así que he atracado el mueble bar y me he emborrachado como una cuba.

Estoy tirada en el sofá mientras hago zapping. Cuando paso por Canal Corazón, veo un destello de Javier y yo caminando por la playa cogidos de la mano. Un tertuliano dice que hacemos muy buena pareja, pero que somos demasiado discretos.

Dejo escapar un largo gruñido. Se me ocurre una Oda a Javier y la recito en mi mente:

Eres un capullo

Ojalá te pudras en tu propia mierda

Pero follas bien

Eso

Lo reconozco.

Me tapo la cara con las manos y vuelvo a gruñir. Ojalá nada de esto hubiera pasado. Ojalá no me hubiera tragado nada.

En más de un sentido.

Nada mejora cuando Javier aparece delante de mí.

—Belén, tenemos que hablar.

—No tenemos que hablar nada —le espeto—. Aparta, que no veo.

Javier suspira. Toma el mando y apaga la televisión, y eso me enciende a mí.

—¿Pero qué te crees que haces? —Me siento, y mi cabeza se va a Pamplona—. ¡Que te pires, que me dejes en paz, hombre!

—Cómo estamos, ¿no?

Me mira con cara de padre preocupado. Un padre preocupado muy guapo que podría activar un complejo de Electra durmiente dado que nunca conocí al mío. Dios, es que ni odiarle tranquila me deja.

—¿Cuánto has bebido?

—Lo que he querido.

—No me has dejado explicarte que...

—No me interesa. —Me dejo caer en el sofá—. ¿Quieres que te recite un *haiku*?

—¿Eso qué es? ¿Un poema de esos japoneses?

—"Javier, eres un cerdo asqueroso. Déjame en paz. La nieve cae sobre los árboles."

Hace una mueca contrariada.

—¿No te ha gustado? La bebida me vuelve creativa —respondo.

Él vuelve a suspirar y se acuclilla frente a mí.

—Belén, me gustas. Me gustas de verdad. No era ni un truco ni un juego. Te lo juro.

Frunzo el ceño. Es lo que diría alguien que pretende volver a colármela.

—Ya, bueno.

—Lo que has escuchado ha sido a mi agente siendo un imbécil.

—Que nos hayan hecho fotos justo anoche ha sido muy conveniente, ¿no crees?

—Los fotógrafos me siguen porque se rumorea que estoy liado con la Rivero.

—Cosa que es verdad.

—Cosa que es verdad, sí. Razón de más para que me creas.

Bufo.

—¿Y si te dijera que no aceptarás el trato de publicidad?

—Pues que le den. Tengo dinero de sobra. Es Pablo el que presiona con eso. No te diré que no me hace ilusión seguir saliendo en la tele, pero puedo pasar de esta oportunidad si con eso...

Niego con la cabeza. Suena demasiado bien. Suena demasiado poco Javier.

—Es que no me lo trago. Bueno, sí, pero esto no. —Ya he hecho el mismo chiste dos veces. Estoy perdiendo facultades—. Te conozco demasiado bien.

Sonríe.

—En realidad no me conoces. Pero yo tampoco me conozco. Al menos no el hombre que puedo ser cuando estoy contigo. Y me gustaría conocerme así, ¿sabes?

Busco entre mis recuerdos alguna película de la que haya podido sacar este

diálogo, pero no se me ocurre ninguna. Quizá esté siendo sincero. Aún estoy cabreada, pero se me ocurre que tal vez...

—Digamos que te creo.

Él vuelve a sonreír, y su rostro se ilumina hasta que de pronto se vuelve serio otra vez.

—Bien. Ahora, hablando de otra cosa... Resulta que ayer no sólo hicieron fotos de nuestro paseo por la playa. También grabaron... lo que pasó en las rocas.

La borrachera se me pasa en un segundo.

—¿Que qué?

Él enrojece.

—Me ha llamado un tío pidiéndome dinero para que no lo difunda. Tengo que hablar con Pablo. Él es el que lidia con estos líos, no yo, pero ahora...

—¿Cómo has podido dejar que pase esto? —le reprocho.

—¿Crees que he provocado esto?

—¿Tan raro sería? ¡Es más publicidad!

—¡Pero no de la buena! Esto no me hará ganar contratos, ¿sabes?

—¿Ah, no? Apuesto a que si lo publican saldrás en todas las televisiones y en todas partes por Internet. Toda publicidad es buena, aunque sea mala. Además... ¿te has parado a pensar en la imagen que daríamos?

—Todo el mundo a estas alturas tiene un vídeo porno filtrado, Belén, no es como si...

—Anoche... Anoche me puse muy perra, ¿vale? —Me llevo las manos a la cabeza. Si mi madre ve ese vídeo, le da algo—. Todo lo que van a ver es cómo me das lo mío. A mí me van a llamar puta y a ti... ¡Es lo que pasa siempre!

Su rostro se ensombrece. Parece entender lo que significaría para mí que divulgasen ese vídeo. Ahora parece realmente preocupado. ¿Por mí?

—Voy a pagar a ese tipo.

—¿Y qué te asegura que te va a dar la original, o que no ha hecho un millón de copias?

—Con esta gente nunca se sabe, pero si no pagas...

Aparece por el pasillo el agente de Javier. Viene colocado, como siempre, y tiene la corbata mal anudada. Sonríe de oreja a oreja. Nos da una palmada a Javier y a mí en el hombro, o al menos lo intenta. Yo no dejo que me toque con esas manos.

—Lo de anoche estuvo genial. ¿Y el vídeo? ¡No os preocupéis por eso, chicos! Al principio puede que sea duro, pero a la larga esto sólo contribuirá a daros fama. —Me guiña un ojo—. Por lo visto, la cámara te adora.

Javier me ve venir antes que yo y se interpone justo cuando me lanzo para morderle la yugular al capullo de su agente. Pablo se echa atrás con expresión sorprendida, como si no terminase de entender lo que ha pasado.

—No vamos a dejar que filtren el vídeo —asegura Javier mientras me sostiene entre sus brazos.

Pablo frunce el ceño.

—No lo dirás en serio. Es justo la oportunidad de oro, lo que estábamos esperando. Tal vez no sea lo que busca Xtremesport para la imagen familiar, pero podría revitalizar la idea de tu masculinidad, y además...

—Javier, si no me quitas a este payaso de la vista, le estrangulo —aseguro.

Y lo digo muy en serio. Mis dedos se crisan.

—Lo digo muy en serio —dice Javier, y es casi un eco de mis pensamientos—. Ese vídeo es un atentado contra nuestra intimidad.

—Pues follar en la playa no es muy íntimo, que se diga —responde Pablo.

—¡Buscamos un sitio escondido! —rujo—. ¡Nos metimos detrás de las rocas!

—Intentamos... eso —dice Javier por debajo de mis gritos—. Voy a pagar al tipo ese y no quiero ni oír hablar de más publicidades de esa clase.

Pablo enmudece. Yo también.

—¿De verdad? ¿Pero cuánto te ha pedido? —pregunto en un murmullo.

—Muchos ceros con un uno delante —responde—. Pero no me importa pagarlo, te lo juro.

—Lo que tendríamos que hacer es obligarle a que se coma la camarita. Y una patada en los huevos, por cabrón.

—Y una demanda por agresión y que esto llegue a las portadas —dice Pablo, recuperando la compostura—. Si me dejáis aconsejaros en algo, estoy muy en contra de cualquier cosa que implique que Javier acabe en los juzgados.

—Ya lo he decidido —asegura Javier, y me mira—. Lo hemos decidido los dos.

Vaya. Esto es bastante... heroico por su parte.

—¿Cuántos ceros van detrás del uno? —quiero saber.

—Cinco.

—¿Te ha pedido cien mil euros? —La indignación vuelve a mi voz—. ¿Pero de qué va ese tío?

—Menuda pasta —dice Pablo, contrariado—. Sabiendo esto, casi estoy por aconsejarte que le metas una paliza.

—¡Pero eso es mucho dinero, Javier!

—Ya lo sé. —Me sonrío—. Pero no me importa.

—Pero... ¡pero a mí sí!

Cien mil euros. Con cien mil euros puedo hacer muchas cosas. Puedo comprarme muchas cosas y salir por ahí a todos los sitios que quiera. Con cien mil euros, puedo beber todo el Rioja caro que me dé la gana, y vodka ruso de importación. Puedo pagarme vacaciones a cualquier lado mientras aquí en España hablan sobre nuestro vídeo porno. Beber mojitos en la Rivera Maya durante un mes se me antoja un pago exiguo por unas semanas de escarnio y vergüenza.

Mi madre aparece en algún lugar de mi mente y me susurra algo que sin duda tiene sentido. "*Belén*", me dice, "*¿pero qué en qué demonios estás pensando? ¿Vas a vender tu imagen y tu dignidad de esta manera por cien mil euros?*"

Tiene razón. Se preocupa por mí. Yo también me preocupo por mí. Pero cien mil euros son muchos, sobre todo cuando has crecido en un hogar pobre y has trabajado en el Mercadona y en el Starbucks aguantando gilipollas y sabiendo que la carrera en la que te has dejado la piel no te sirve para nada.

Son muchos cuando ya has vendido tu dignidad antes casándote con un tipo al que no amas.

Respiro hondo.

—Javier, no pagues a ese tío.

Tanto él como Pablo me miran como si estuviera loca. Ya les había convencido de que abandonasen la idea. Ahora me siento errada, pero sacudo la cabeza y recuerdo las vacaciones maravillosas que vamos a tomar en cuanto esto explote en la prensa.

—No merece la pena. No... no negociamos con terroristas. Eso es lo que dicen los gobiernos, ¿no? Pues eso. Que hagan lo que quieran. Yo no les tengo miedo.

Javier me toma de la mano.

—Cariño, te digo en serio que no me importa que...

Le cierro la boca con un beso.

—Tú y yo nos vamos a ir de vacaciones al Caribe, ¿te enteras? —Me vuelvo hacia Pablo. Se me ha ocurrido una idea—. Mi madre siempre dice que si no puedes evitar la ola, más vale que la cabalgues. ¿Sabes a quién le podría interesar una entrevista en exclusiva cuando salga este vídeo?

Pablo sonrío con una alegría inusitada.

—¡Pues claro que lo sé!

Capítulo 9

Los mojitos, en el Caribe, están especialmente buenos.

Javier y yo llevamos ya dos semanas en México y aún estamos conociéndonos. Por la mañana nos conocemos en la piscina mientras tomamos refrescos o hacemos largos.

Nos conocemos mientras comemos en restaurantes exclusivos o vamos a espectáculos de bailarines bajo el atardecer. Nos conocemos mientras los fotógrafos nos retratan escondidos entre los arbustos de palma cuando creen que no nos damos cuenta de su presencia.

También nos conocemos en la habitación. Cerramos la puerta y nos arrancamos la ropa, y nos hacemos una inspección profunda y concienzuda. Cualquiera diría que a estas alturas ya deberíamos habernos aprendido el uno al otro de sobra, pero la experiencia nos ha demostrado que nunca conoces a alguien del todo, aunque creas que sí.

El vídeo se filtró, claro. Poco después de que las portadas de algunas revistas mostrasen nuestro romántico paseo por la playa (antes de la parte del toqueteo), el tipo que nos grabó vendió su robado a una televisión.

Capturas pixeladas aparecieron por todas partes, y el vídeo completo se subió a páginas porno a las que enlazaban las de cotilleo varias veces. Ni nos molestamos en bajarlo. Estábamos demasiado ocupados hablando con la prensa directamente.

Me empleé a fondo para dejar claro que aquello era un atentado a la intimidad y que lo que hiciéramos en nuestra vida privada era cosa nuestra. Que lo que había hecho aquel tipo era ilegal y que cada vez que compartían el vídeo estaba contribuyendo a denigrarnos.

Cada vez que nos entrevistaban, yo cobraba.

Veréis, sé que podría haber evitado todo esto y tratar de salvar los muebles y mi "honra". Pero, ¿a qué precio? No hablo del monetario (que también), sino al hecho de tener que pagar rescate por mantener mi imagen a salvo.

Aún me queda algo de orgullo, aunque no sea lo que otros consideran como tal. Y, bien pensado, creo que he salido ganando de todo esto.

Mi madre está triste, pero le he comprado un chalet en la playa y se le va pasando. Todo el mundo tiene un precio.

Y sí, sé que no soy ningún modelo a seguir. Pero yo no he pedido serlo. Soy

una tía que se ha casado por conveniencia con un tío al que detestaba (pero que al final ha resultado no estar tan mal), que bebe demasiado y que compra compulsivamente, con muy mala leche y un humor demasiado ácido. Me ha dicho Javier que también ronco.

He decidido que no voy a pedir perdón a nadie por vivir la vida como me da la gana.

Bueno, a él sí, cuando no le dejo dormir.

Como somos dos personas adultas, hemos cambiado las condiciones del arreglo. Parece que empieza a existir entre nosotros cierto afecto. Nos llamamos cosas cursis y todo. Nos gusta acostarnos juntos y tener cierta rutina de pareja, y mentiría si no me siento muy tonta todo el tiempo.

Pero no creeríais que todo esto es un cuento de hadas, ¿no?

Javier y yo hemos decidido seguir acostándonos con otra gente si nos apetece. Sé de sobra que Javier no va a aceptar ninguna imposición monógama. Le gustan demasiado sus modelos. A mí me gusta el chófer. Ya veis. Cosas que pasan.

Vanessa me sigue cayendo genial a pesar de vez en cuando duerma en casa, aunque no tanto como para participar con nosotros. Sé que a Javier le encantaría, pero no. Me parece que sería liar las cosas demasiado. Además, las rubias no me van mucho.

Quizá esto salga bien o quizá salga mal, pero no se puede decir que no lo hayamos intentado. Creo que Javier y yo somos felices viviendo el momento y conociéndonos.

Conociéndonos mucho.

Se vuelve hacia mí en la tumbona y me mira con ojos brillantes. Su mano me insinúa una caricia sobre la copa del bikini y yo le doy una palmada, aunque el pezón ha reaccionado sin mi permiso. Entre mis piernas nace una sensación familiar y dejo a un lado mi mojito.

Él se levanta de la tumbona. Me ha leído el pensamiento.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[Ropa Interior Prescindible](#)

[Ibiza, Sexo e Insolación](#)

— [Comedia Romántica](#) —

[Goleada](#)

[Romance con el Futbolista](#)

— [Erótica con Deportistas](#) —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

— [Romance Oscuro](#) —

“*Bonus Track*”

— *Preview de “Ropa Interior Prescindible”* —

I

Sensación ibicenca

—Pasajeros del vuelo 257 a Ibiza, podéis ir abordando por la puerta 6 —dijo la voz de una mujer insoportable que se escuchó a través de las bocinas del Aeropuerto de Barajas.

—¡Sofía! ¡Ese es el llamado! —me gritó mi madre, a quien, por cierto, tenía a un lado.

—Joder, mamá, no soy sorda; lo he escuchado.

—Hija, ten mucho cuidado allá, tú eres muy maja y cualquier hombre se va a querer aprovechar de ti. Ibiza es puro sexo y alcohol. No sé cómo se te ocurre ir para allá. No bebas demás que ya sabes cómo te pones.

—Mamá, coño, ya tengo 25 años. Yo sé cómo funciona, ¿o no lo pillas?

—Eso espero, Sofi. Cuídate mucho —me dijo abrazándome y dándome seis o siete besos en la mejilla —. Me avisas cuando ya hayas aterrizado en Ibiza.

—Ajá. Chao.

Tomé mis maletas y me retiré de ella, creyendo que ya me la había quitado de encima, pero yo conozco muy bien a mi madre. La tenía atrás todavía vigilándome. Cómo jode.

—Mamá, ya nos despedimos.

—Pero, hija, yo tengo que ver que el avión se vaya contigo. ¿Qué pasa si se jode un ala antes de despegar. Si estoy en el taxi, ni me entero y al rato veré en las noticias que mi hija se murió.

—Joder, mamá, ¿te preocupa no verme morir?

—¡No! —me lloró tomándome el brazo.

No sé ni por qué le tomo el pelo así, si sé cómo se pone... Y eso que no os he contado cómo se puso cuando comencé a estudiar en la universidad.

¡Ah! Disculpen, qué grosera he sido. Mi nombre es Sofía, aunque ya os habréis dado cuenta de eso. Igual prefiero que me llaméis Sofi; no me hace sentir tan vieja.

Tengo 25 años y, a pesar de que soy bastante joven, ostento un cargo importante en mi oficina.

No os daré muchos detalles porque me da un poco de vergüenza lo que os voy a contar, pero quiero que sepan que ese no es mi verdadero nombre, y la mayoría de los nombres que digo aquí no son los verdaderos.

He decidido mantenernos a casi todos con seudónimos para no delatarnos, pero es que me emociona tanto esta historia en particular, que me parece algo egoísta quedármela para mí sola... y bueno, para los protagonistas de esta historia, que de verdad espero que no se enteren que he escrito esto.

Vale, ahora que sabéis eso, continúo... ¿por dónde iba?

¡Ah, sí! Mi madre, efectivamente, me siguió hasta el final y si no fuera por los gorilas de seguridad, se hubiese metido al avión.

—Señora, usted no ha pagado el boleto. Le agradecemos que permanezca atrás de la puerta o tendremos que proceder a sacarla del aeropuerto —le dijo uno de los hombres de vigilancia.

Al fin me la había quitado de encima, pero estaba segura de que cumpliría con su promesa. No me cabía duda de que se quedaría allí hasta que el avión despegara... y bueno, que no pararía de llamarme al teléfono.

Finalmente entré al avión y allí me encuentro con una azafata que tiene, como en todos los vuelos, la labor de ubicarme en mi puesto.

—Bienvenida al vuelo 257, señorita. Permítame su boleto, por favor —me dijo.

Le di mi boleto y me indicó dónde debía sentarme. Nada complicado. Me había tocado el puesto B-02; la ventana. Me encanta viajar en primera clase. Me hace sentir verdaderamente especial, además que no como las porquerías que suelen servirle a quienes pagan boletos más baratos. No soy millonaria, os digo, pero tengo gustos refinados. No he nacido princesa, ni me creo tal cosa, pero los lujos son un placer que me encanta darme.

Estaba tomando ese vuelo a Ibiza por un motivo muy común: liberar estrés del trabajo. Era verano del 2014 y necesitaba algo de sol, agua, alcohol, sueño y fiesta. En mi posición en la oficina no puedo tener todas esas cosas; al menos no todos los días. ¿Qué mejor lugar que Ibiza?

Un segundo después comenzó a sonar mi teléfono, y como era de esperarse, era mi madre. Jo-der.

—¡Aló, mamá!

—¿Ya estás en el avión?

—Coño, mamá, ¿no me has visto montándome al avión?

—No, sólo te he visto pasar por la puerta.

—Bueno, estoy jodidamente bien, mamá. Chao.

—Bueno, hija, acuérdate del bloqueador solar. No vayas a---

Le colgué de golpe y puse el teléfono en modo avión, porque para estas ocasiones es que existe el modo avión.

Me reclino en mi silla y subo la ventanilla para ver lo que estará afuera. De momento era sólo la aburrida pista. Me pareció ver a lo lejos, pegada al vidrio del aeropuerto a mi madre, pero ignoré ese detalle y tomé una de las revistas del avión; una de joyería costosa.

¿Cómo alguien paga 6.000 euros por unos pendientes tan horrendos?

Al momento, escuché una voz que interrumpió mi lectura; la de un hombre.

—Disculpe, señorita —me dijo—. Creo que está sentada en mi puesto.

—¿Ah? —volteé y solté una carcajada—. No, yo estoy en el B-02. Me toca la ventanilla.

—Discúlpeme por no estar de acuerdo, pero está sentada en el B-01.

En ese momento, sentí que estaba siendo totalmente sincero, pero era imposible que yo cometiese semejante error. Yo amo estar sentada en la ventanilla. ¿Por qué razón compraría un boleto en primera clase para estar en el pasillo? Eso es como comprar una entrada VIP para un concierto y sentarse en un sitio que esté sumamente alejado del escenario; una inmensa gilipollez.

—No creo que sea así. Yo jamás hubiera comprado el puesto del pasillo, tío.

—Disculpen, necesitamos que se sienten, estimados pasajeros. No podemos despegar si no están en sus puestos —dijo una azafata que se acercó a ver qué ocurría.

—Señorita azafata, este tío dice que mi puesto es suyo, pero eso es imposible porque yo he comprado la ventanilla —le dije.

—Permítame su boleto, señorita.

El hombre me tomó con firmeza la muñeca y me quitó el boleto antes de que la azafata pudiese recibirlo.

—Es cierto. He cometido un error. Ella va en la ventanilla y yo he leído mal. Que no se arme un lío por esto y despeguemos de inmediato. Dígale al piloto que es un

buen hombre y que Julio le envía saludos.

Me devolvió el boleto y la azafata se fue sonriente. Al parecer a este tío ya lo conocen en la aerolínea. Supongo que será un ejecutivo también, aunque su ropa me hacía pensar que solo era un tío con dinero o un flipado. No tenía una particular elegancia en su forma de vestir, a pesar de lo bien parecido, fuerte y guapo que era... y ¡vaya! qué bueno tener un tío así al lado en el vuelo.

—Disculpe este malentendido, señorita Sofía. No creí que fuese tan aguerrida.

—¿El qué? ¿Cómo sabe cuál es mi nombre?

—Lo he leído en mi nuevo boleto.

Revisé el boleto que me entregó el tío y decía su nombre: “Julio Alejandro García Fernández”. ¡Flipante! El tío ha hecho un truco de magia y no me he dado cuenta. Revisé el número de mi asiento y, efectivamente, era el B-01. Seguro fue la idiota de Anita que la había encargado de comprarme el boleto.

Julio ríe y tomó una revista del montón que estaba en frente. Qué flipado este tío.

—Atención, señores pasajeros. Os pedimos que permanezcan en sus asientos y mantengan sus cinturones de seguridad ajustados. La aeronave alzará vuelo en tan sólo segundos —decía la voz por las bocinas del avión—. Mi nombre es Blas García y seré su piloto el día de hoy. Espero que el pilotaje sea de su agrado y que el vuelo sea flamante.

Todos en el avión nos espantamos por el uso de la expresión.

—Y cuando digo flamante, me refiero a maravilloso. Solo quería ver si me habían estado prestando atención.

Todos en el avión reímos. Claramente se trataba de un chiste del piloto, aunque estoy segura de que a la señora que tenía detrás no le había gustado ni un poco. El avión despegó y ya no habían más razones para preocuparse.

Me coloqué mis audífonos y comencé a escuchar un poco de música de mi iPod; algo que me relajara. Ya había comenzado el viaje desde el momento en que puse el teléfono en modo avión, desde que mi madre había dejado de tener posibilidad de contacto conmigo.

Si me moría, como pensaba mi madre que podría ocurrir, ya eso no sería problema mío. Le tocaría soportarla al resto de la familia.

Por un hábito tonto que tengo empecé a cantar en voz alta, pero no recibí queja alguna, así que me sentí en absoluta confianza para seguir haciéndolo. Lo que me sorprendió fue haber escuchado que, un minuto después de iniciar, alguien estaba

acompañándome en el canto. Miré hacia un lado, y a pesar de que Julio seguía leyendo la revista también estaba cantando.

Me quité un audífono y me quedé viéndolo en silencio.

—Disculpa, Sofía. No sabía que te molestaría que cantara.

Le extendí la mano y me presenté.

—Un placer, Julio.

—Un placer enorme, Sofía.

Me sentí un tanto desconcertada con su respuesta. Era como si sus palabras tuvieran el mismo efecto que sus manos al momento de cambiar los boletos. Era como si hiciera magia.

—¿Qué te lleva a Ibiza, Sofía?

—Puedes llamarme Sofi.

—Está bien, Sofi.

—Pues, voy a Ibiza porque estoy cansada de currar todo el año. Quiero relajarme un poco. Además estoy muy blanca, me hace falta algo de sol.

—Seguro. Un poco de bronceado no hace daño. Además Ibiza es un encanto para las jóvenes como tú.

Este tío está tratando de ligar conmigo, pero no se lo permitiré. Yo no he tomado este vuelo por ese motivo.

—¿Y tú, Julio?

—Ah, es una historia bien divertida. Soy músico.

Joder, es músico.

—Guitarrista, de hecho.

¡Joder, es guitarrista!

—Voy a tocar en varios bares allá en Ibiza, además de participar en un concierto para ayudar a recolectar dinero para los ancianos que viven allá.

—Oh, eres guitarrista clásico, supongo.

—¡Que va! Toco rock, Sofi.

Calma, Sofi. Todavía podía arruinarlo todo. Esas eran sólo cosas banales que estaba sobreestimando, porque me parecen altamente atractivas.

—Ah, qué bien —respondí tratando de ocultar mi sonrisa.

—De hecho, tocaré con mi banda. Yo soy el único andaluz del grupo. Todos ellos son de allá de Ibiza.

—¿De qué parte de Andalucía?

—Málaga, ¿y tú?

—Bueno, yo no soy de Andalucía, jeje.

Se me quedó viendo como si no hubiese pillado el chiste, y de inmediato cambié mi actitud, porque evidentemente había dicho una chorrada.

—Soy madrileña.

—Ah, por eso vas toda *maqueá*.

—¿Cómo?

—Que por eso es que vas tan bonita.

—Ah, joder, gracias —reí, esta vez no pude ocultarlo.

Seguimos hablando por un buen rato, hasta que se acercó la azafata y nos trajo una botella de whisky que sirvió en dos vasos. Uno para mí y otro para Julio.

—Disculpe, pero, yo no he pedido esto —le dije a la azafata.

—No se preocupe, señorita, que las ha enviado el piloto —me respondió y se retiró dejándonos la botella y los vasos.

—Ah, pues, es muy simpático el piloto, ¿no?

—Seguro que sí. Es mi hermano.

—Ah, tu hermano es el piloto. Con razón que le habías enviado saludos antes.

—Claro. Somos socios, amigos, colegas. Siempre nos ayudamos mutuamente a conseguir lo que queremos.

Tomé un sorbo del whisky y me alegré aún más de estar me yendo lejos de casa, así fuese sólo por una semana.

—¿Y ese concierto para los ancianos es... estemm... bueno... para los ancianos?

—¡Que va! Es en la costa. Con gente de todos lados.

—¿Es en la costa?

—Sí, es parte de un festival especial. Tocarán varias bandas internacionales mucho más famosas también.

—Qué orgullo que toquen ahí. ¿Cómo se llama tu banda?

—Se llama Siempreverde.

—¿Tú eres el guitarrista de Siempreverde?

Siempreverde, por cierto, es un nombre que se me ha ocurrido para reemplazar el verdadero nombre. La banda pienso que es demasiado notable como para que utilice el nombre real del grupo en cuestión.

Ropa Interior Prescindible

Ibiza, Sexo e Insolación

— Comedia Romántica —

Ah, y...

¿has dejado ya una Review para este libro?

Gracias.